

PROBLEMAS DE OBJETIVIDAD Y NEUTRALIDAD EN EL ESTUDIO CONTEMPORANEO DE LA POLITICA (*)

Titular este ensayo «Problemas de objetividad y neutralidad en el estudio contemporáneo de la política» resulta, en cierto modo, una insistencia sobre ese reducto casi mágico que opera sobre la producción intelectual del científico social. Me refiero a la identificación que se efectúa entre el nombre de las cosas y su poder. Menos ampulosamente, al ofrecimiento de un título que casi siempre excede las cuentas efectivas que con un determinado problema se van a ajustar. Así, una delimitación más precisa y humilde de los objetivos que pretende alcanzar es el punto inevitable en que aquello continúa. La confesión de las limitaciones, en consecuencia, me ocupará antes que cualquier otra labor.

Porque en absoluto pretendo abarcar el complicado y diverso material que se cataloga bajo el epígrafe «Problemas de valor (o de valoración) en ciencia social» (y, por ende, política). Eso sería algo que excediese al mejor dotado de recursos y que en mi caso, me temo, habría de llevarme a un despliegue de la «citateca» con leves observaciones marginales. Lo que me propongo, pues, es algo bastante más limitado. En concreto: 1) Plantear el tema de la objetividad y la neutralidad desde un ángulo no demasiado sólido en las publicaciones sobre la materia (por más que sea enteramente obvio): el de las repercusiones sociales del conocimiento. 2) Referir muy concretamente el tema y su tratamiento a esa línea hasta ayer, y quizá hoy, dominante en el estudio de la política, que podemos denominar como *behavioralismo* o *movimiento behavioral*.

(*) NOTA.—La versión original de este ensayo se realizó gracias a una estancia de trabajo en la Universidad de Manchester (1972) financiada por la Fundación «Juan March». Obligado resulta dejar constancia de mi gratitud hacia ella, así como a la impagable colaboración de los profesores D. HOWELL y M. MOYSER.

Es igualmente preciso advertir, en otro orden de cosas, que las traducciones de textos incluidas, salvo cuando expresamente se haga constar lo contrario, son las del autor de este ensayo.

Junto a esta demarcación positiva del trabajo quiero dejar constancia de la negativa. Cuando aquí hable de estudio contemporáneo de la política o, en la mayoría de los casos, de «ciencia política», me referiré al «tipo» específico, que con notable impresión, pero para entendernos, pudiéramos llamar «occidental». Es decir, al tiempo no marxista de estudio (científico) de la política. En ningún caso ese proceder equivale a la ignorancia admitida de la importancia del marxismo. Son dos las razones para marginar la inclusión, sea del estudio de la ciencia política marxista, sea de la utilización del marxismo como «contrato crítico» de la ciencia política occidental o —según gran parte de sus practicantes— «ciencia política» a secas. Por su parte, la elección entre los diferentes cursos posibles de acción de uno determinado: la crítica del quehacer usual de la ciencia política apoyándose frecuentemente en sus propios supuestos dominantes aunque incluyendo algunos elementos que escapan a ellos, lo que evita la discusión relativamente «gratuita» sobre resortes más o menos emotivos. Segundo, porque la ciencia política marxista está en un momento bastante inicial de su constitución. Por decirlo con palabras de un teórico que de su campo procede, «(los clásicos del marxismo) no trataron específicamente, en el nivel de la sistematicidad teórica, la región de lo político... Lo que se encuentra finalmente en sus obras es ya un cuerpo ordenado de conceptos en "estado práctico", es decir, presentes en el discurso y destinados, por su función, a dirigir directamente la práctica política en una coyuntura concreta, pero no teóricamente elaborados; ya elementos de conocimiento teórico de la práctica política y de la superestructura del Estado, es decir, conceptos elaborados, pero no insertos en un discurso teórico sistemático; ya, en fin, una concepción de lo político en general implícita en la problemática marxista...» (1). A fin de cuentas, como el mismo autor que acabo de mencionar señala «el carácter marxista o no marxista de (las) obras no constituye de ningún modo, en el estado actual de las investigaciones, y en lo que concierne a que se tomen como materia prima de la investigación, un criterio pertinente de su seriedad o su carencia de ella» (2), cosa que no está de más recordar cuando nos rondan papanatismos, supuestamente marxistas, sin mayor exigencia que un aparente antagonismo de folklore no menos apegado al «establishment» que aquello a lo que niegan.

Quisiera, por último, advertir en este momento inicial que estas líneas no pretenden representar más que unas reflexiones hipotéticas destinadas a la combustión. Nacen en un punto decepcionante: que aquí y ahora tenga, según

(1) NICOS POULANTZAS: *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, Siglo XXI de España, Editores, Madrid, 1973, pág. 12.

(2) *Ibidem*, pág. 11.

creo, sentido todavía plantear el tipo de problemas de que me ocupo. Si en lugar de tratarse de la ciencia política fuera de la sociología, las cosas posiblemente no ocurrieran así (3). Mueren en un punto igualmente decepcionante. Creo haberme inscrito en una línea de trabajo que propende a desterrar muchas cosas inválidas, pero sin ofrecer el hallazgo que pueda sustituirlas. De cualquier modo el desbroce es una forma de orientarse en la selva de una dificultad.

I

PROBLEMAS DE OBJETIVIDAD Y NEUTRALIDAD EN CIENCIA POLÍTICA:
EL TRATAMIENTO BEHAVIORAL DOMINANTE

Parece innecesario hacerse cuestión de la importancia del problema. Constituye un lugar tan común de la literatura en nuestro campo que el ahorro en la insistencia se tiene asegurado de antemano. A. Edel podía expresivamente señalar que «cuando se escriba la historia intelectual de la ciencia social contemporánea uno de sus temas principales será el de la relación entre valor y ciencia social» (4). Y R. A. Dahl lo indicaba de manera todavía más aguda: «¿En qué medida puede ser neutral y objetivo el estudio de la política? ¿En qué medida debería ser neutral y objetivo? Quizá no haya ninguna otra cuestión filosófica que haga crecer tan profundas emociones entre los estudiosos de la política» (5). Sirvan estos dos botones de muestra elegidos al azar entre una lista presuntamente interminable.

De cualquier modo, el problema no consiste esencialmente en esa afirmación o negociación de importancia que, en principio, se le otorgue. La cuestión clave está en la solución explícita o implícita con que se confronta. Y es cierto que en ello se han desplegado verdaderos esfuerzos de alquimista en

(3) Efectivamente, el tema de las aplicaciones prácticas de la ciencia social se encuentra en el corazón del debate actual en el seno de la sociología (particularmente la alemana). Todo él colorea la discusión sobre los problemas que aquí denominaremos de «objetividad», de «neutralidad», etc. En ciencia política, desafortunadamente, no disponemos de un POPPER y un ADORNO, un HABERMAS y un ALBERT a quienes poner a pelear para nuestro beneficio. Ello no indica que no nos sean aprovechables tales debates en la vecindad. A lo largo de este ensayo se comprobará hasta qué punto su contemplación puede conducirnos por nuevas (o poco trilladas) vías.

(4) ABRAHAM EDEL: «Social Science and Value: A Study in Interrelations», en I. L. HOROWITZ: *The New Sociology*, Oxford University Press, Nueva York, 1965, página 218.

(5) ROBERT A. DAHL: *Análisis sociológico de la política*, Editorial Fontanella, Barcelona, 1968, pág. 121.

busca de la casi imposible panacea. Distinción entre valores finales e instrumentales, búsqueda de la forma en que los valores pueden ser estudiados como tales más que concernirse con la forma en que afectan nuestras investigaciones, estudio de la perspectiva social e histórica que nos condiciona, posibilidad, pese a ello, de alguna suerte de «objetividad relacional», hasta incluso, si así se quiere, el debate entre libre voluntad y determinismo no son sino unos cuantos *items* entre la infinidad que puebla el espacio que nos interesa.

Evidentemente cada uno de ellos abre un sugestivo interrogante a la ciencia social. Pero, por las razones que a lo largo de este ensayo confío en poner de manifiesto, no son tales cuestiones (tan enormemente respetables) las que se constituirán como principal obsesión de estas líneas. Con miras mucho más limitadas será la (pretendida) solución que el behavioralismo encarna la que demarque en un primer momento el campo para permitir posteriormente el paso a una discusión algo más ampliada.

Los argumentos para centrar de esta forma el tema son básicamente tres: 1) Que, como en alguna medida se anticipó, el behavioralismo se ha constituido hasta el presente, y probablemente en él, como la línea (el paradigma) predominante en el estudio contemporáneo de la política. 2) Que desde la perspectiva behavioral se propone como parte muy sustancial de su credo la defensa de la objetividad valorativa y de la neutralidad (con lo que, de seguir la lógica, se da su posibilidad por supuesta). 3) Que incorporar al credo común estos rasgos no representa sino un factor más en la empresa global consistente en pretender convertir en científico el estudio de la política.

Así las cosas, la comprensión de la posición a nuestro respecto del behavioralismo sólo puede ser obtenida mediante la consideración general de sus supuestos, sus implicaciones y su significado no sólo en el plano intelectual, sino también en el social (en el sentido que después veremos). Por lo demás, al preguntarse qué es el behavioralismo resulta tan difícil la respuesta precisa como fácil la operativa. Como Somit y Tanenhaus con acierto advierten «la raíz de la dificultad, incuestionablemente, es la naturaleza proteiforme del behavioralismo. Es menos un dogma acabadamente estructurado que un cúmulo de valores y objetivos relacionados. Los que se llaman a sí mismos behavioralistas a menudo difieren sobre los elementos componentes de su filosofía, habiendo pocos que acepten el «paquete» en conjunto (6). Esto hasta un punto tal que, no sin ironía, Kirkpatrick pudo pensar el término como una especie de paraguas con capacidad bastante como para proporcionar cobijo temporal a un grupo heterogéneo unido sólo por la insatisfacción que experimentaban

(6) A. SOMIT y J. TANENHAUS: *The Development of American Political Science*, Allyn and Bacon Inc., Boston, 1968, pág. 177.

respecto a la ciencia política tradicional (7). De ahí, incluso, la gran variedad de denominaciones recibidas: «approach» (varios), «mood» (Dahl), «persuasión» (Eulau), «tendencia intelectual y movimiento académico concreto» (Easton), etc.

Partamos de este último concepto que considero aprovechable. En un sentido mínimo podría afirmarse que el behavioralismo es una tendencia intelectual y un movimiento académico concreto caracterizado y unido, cuando menos, por la insatisfacción experimentada respecto a la ciencia política (al estudio de la política) tradicional o convencional. Cajón de sastre éste, el estudio convencional o tradicional de la política, que por vía de contraste puede conducirnos a un concepto del behavioralismo algo más clarificado. Kavanagh, en apretado resumen, ha precisado que la oposición a esta visión tradicional comporta en concreto: 1) La oposición a la historia de la teoría política, considerada como trabajo pesadamente prescriptivo o normativo, concernido básicamente con problemas de «deber ser», en donde, frecuentemente, las construcciones se cimentaban sobre una visión de la naturaleza humana normalmente aceptada como buena y raramente estudiada; y 2) La oposición al enfoque legal-institucional que implicaba la descripción del aparato formal de la política (Gobierno, instituciones, constituciones, Estados), donde ésta era raramente contemplada como actividad o proceso, dando lugar, en consecuencia, a críticas que lo acusaban de «formal», «estéril», carente de vitalidad», etcétera (8).

Si, según vemos, el behavioralismo se opone a los enfoques convencionales habrá que preguntarse de inmediato qué es lo que como hecho diferencial ofrece a cambio. Aunque no todos los rasgos que puedan enumerarse serían sin discusión aceptados por todos los behavioralistas, parece que, en cuanto «tipo ideal», cabe poca discusión en su torno. El credo behavioral en términos, de nuevo, de Somit y Tanenhaus pudiera sintetizarse de este modo: 1) La ciencia política puede llegar últimamente a ser una ciencia capaz de explicación y predicción. 2) La ciencia política debe concernirse primariamente, si no exclusivamente, con fenómenos que pueden ser verdaderamente observados. 3) Los datos deberían ser cuantificados y los «logros» basados sobre datos cuantificables. 4) La investigación debería estar orientada hacia la teoría y dirigida por la teoría. 5) La ciencia política debería abjurar en favor de la investigación pura tanto de la investigación aplicada tendente a proporcionar

(7) E. M. KIRKPATRICK: «The Impact of the Behavioral Approach on Traditional Political Science», citado por SOMIT y TANENHAUS, Op. cit., pág. 176.

(8) D. KAVANAGH: *Political Behaviour: An Overview*, ciclostilado, Universidad de Manchester (Department of Government), 1971.

soluciones a problemas específicos sociales de carácter inmediato cuanto a aventuras programáticas reformistas. 6) La verdad o falsedad de los valores (democracia, igualdad, libertad, etc.) no puede ser establecida científicamente y, por tanto, está más allá del alcance de la investigación legítima. 7) Los científicos de la política deben actuar en forma más interdisciplinaria; y 8) La ciencia política debe llegar a ser más consciente y crítica respecto a su metodología (9).

Con estas características en mente (sobre las que cabe escaso debate a no ser por cuestiones de matiz) cobran perfecto sentido intentos como los de Dahl en su clásico «epitafio a una protesta científica con éxito» identificando el behavioralismo antes que nada en términos de su pretensión de hacer «más científico» el estudio de la política (10). Sin embargo, que así rece la tarjeta de visita behavioral hurta cuestiones de singular importancia. Sencillamente, y por de pronto, pronunciarse sobre lo que ciencia sea, suponiéndole un significado unívoco, en cierta virginidad social e histórica que deja libre al concepto de cualquier influencia o determinación de este tipo. A. Edel, a quien antes nos hemos referido, desvela la simplificación. Porque, efectivamente, el concepto de «ciencia» (sería posible indicar que «particularmente» cuando de las sociales se trata) es a veces tan amplio como «conocimiento sistemático», a veces se limita puramente a lo experimental, en ocasiones se trata de la invocación del método científico, en algunas otras va referido a los «resultados científicos», incluso puede consistir sólo en una mención al «talante científico» vagamente definido» (11). Y, por mi parte, sin necesidad de acudir al sugestivo problema del «baremo histórico de la ciencia» (lo que dista mucho de ser cuestión fútil) creo posible poner en duda que exista una medida de legitimidad, entre otras cosas porque habría que preguntarse quién o qué la otorga (12). No pareciendo osado suponer que la unanimidad precisamente no habría de presidir la respuesta.

Al preguntarse Mulford Q. Sibley por las tareas que el behavioralismo

(9) A. SOMIT y J. TANENHAUS, Op. cit., págs. 177-179. Con muy escasas diferencias se presentan las notas propias del credo behavioral en D. EASTON: *Esquema para el análisis político*, Amorroutu Editores, Buenos Aires, 1969, págs. 24 y 25.

(10) ROBERT A. DAHL: «The Behavioral Approach in Political Science: Epitaph for a Monument to a Successful Protest», en *American Political Science Review*, 55, 1961, págs. 763-772. (Hay traducción española en la REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS.)

(11) A. EDEL, art. cit., pág. 220.

(12) En cualquier caso esta medida de legitimidad no puede ser universalmente válida. Lo contrario suele pensarse con frecuencia y hacer afirmaciones como la precedente se registra casi como manifestación de cinismo. Creo, con todo, extremadamente ingenuo colocar a la ciencia y al (a los) método(s) científico(s) al margen de las modificaciones de una realidad social en la que se desarrolla(n).

desempeña puede servirnos como punto de partida para alcanzar una mayor luz. Porque, como él relata, lo que los behavioralistas (una vez decidido lo que les parece relevante e importante) buscan es: 1) Explicar la conducta de los hombres en política bajo supuestos específicos y dentro de condiciones controladas; y 2) Predecir cómo los hombres se comportarán probablemente bajo condiciones similares (a las explicadas) (13). Para decirlo de otra forma, la pretensión del behavioralismo es de carácter explicativo y predictivo.

Eso, que cualquier behavioralista no dudaría —aunque fuera tentativamente— en aceptar vuelve a poner el pie en la tierra de un concepto de ciencia situado en una ambigua, vaga (y virginal) nube. Porque, examinado desde esta perspectiva, la insistencia en un estudio más científico de la política equivale a la aceptación de un tipo específico de ciencia que toma por modelo y (malamente) mimetiza a las ciencias naturales. Lo que, de paso, excluye de la categoría —negándole legitimidad científica y el positivo valor que hoy y aquí conlleva (14)— a otras maneras de concebir la ciencia social y política que no se ajustan al modelo natural o específicamente le niegan validez en nuestro campo. De ese modo, hacer «científico» el estudio de la política pierde su aparente inocuidad, su aceptación indiscutible, para convertirse, como posteriormente habrá de verse con más detenimiento, en toma de posición en un conflicto ideológico y, como tal, de carácter político.

De esta forma, aceptar el concepto de ciencia próximo (más en intención que en logros) al modelo natural implica situarse en la perspectiva positivista y, por norma general, tomar en materia de valoraciones el primado weberiano de la *Wertfreiheit* (15), el «mito» de una ciencia social libre de valores, por cierto que «simplificado» y «ritualizado», lo que ya marca una considerable diferencia con el postulado del maestro alemán. Alvin W. Gouldner le

(13) MULFORD Q. SIBLEY: «The Limitations of Behavioralism», en JAMES C. CHARLESWORTH: *Contemporary Political Analysis*, The Free Press (The Macmillan Company), Nueva York, 1967, pág. 59.

(14) Porque, en gran parte, es este el problema. Que el trabajo científico goza en la sociedad actual de una acogida y protección extremadamente favorable. Apropiarse tal carácter (y conseguir que socialmente así se reconozca) implica la obtención de beneficios muy concretos. El combate por el «apellido» se convierte en un combate por las «clientelas», tratando de proporcionarle los gustos que su paladar espera. Negar a una orientación en ciencia social su «cientificidad» no resulta sólo en una operación intelectual más o menos etérea sino también, literalmente, en un golpe comercial a la competencia en el mercado.

(15) Para la posición de WEBER respecto al problema de los valores (de las valoraciones) debe fundamentalmente verse «El sentido de la "neutralidad valorativa" de las ciencias sociológicas y económicas», en *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1973, págs. 222-269. (El trabajo original es de 1917.)

ha hecho justicia a él, tanto como a quienes simplídicamente postulan seguir su magisterio al advertir que «lo que para Weber fue una expresión agonizante de una fe altamente personal, sentida intensamente y laboriosamente argumentada, se ha convertido hoy en día en un hueco catecismo, santo y seña y buena excusa para no pensar en adelante seriamente (...); un signo trivial de respetabilidad profesional, la "marca de la casa" del decoro» (16).

En definitiva, hemos visto que el behavioralismo va a presentarse en nuestra perspectiva intelectual como un intento «científico» que, de paso, incorpora dentro de los atributos de ese carácter su pretendida asepsia valorativa y un olvido —por lo demás tan moralizante como otros, aunque aquí se trate de la «suntuosa» moralidad de la ciencia— conducente a la marginación de las aplicaciones prácticas del conocimiento y de cualquier aventura reformista (con lo que se hace impensable cualquier término más «fuerte»). Intento científico que no constituye, por lo demás, novedad porque es línea parecida a la behavioralista —y como precedente muy notorio de ella— ya habían existido, escasamente antes de 1914, en mayor abundancia con posterioridad a esta fecha, esfuerzos similares. No de otra forma cabría registrar, por poner un solo ejemplo, nombres tales como Merriam y la escuela de Chicago (17). Pero lo decisivo que ocurre tras el término de la segunda guerra mundial es que lo que fuera un día revolución se convierte en *establishment*, lo que no pasaba de tendencia acabará en paradigma, precisamente en el sentido empleado por Kuhn, de conjunto de conocimientos que ponen por un cierto tiempo a la comunidad científica de acuerdo sobre las bases de su quehacer, permitiendo la actividad de la ciencia normal, de forma que los esfuerzos no se pierdan en la discusión sobre modos competitivos de actividad (18). De ahí su importancia.

Tal paradigma (19) es el que va a regir el momento de más impresionante desarrollo (al menos cuantitativo) de la disciplina. De manera que la ciencia política contemporánea se liga, quiéralo o no, a ciertos valores. Por ejemplo,

(16) ALVIN W. GOULDNER: «Anti-Minotaur: The Myth of a Value-Free Sociology», en I. L. HOROWITZ, Op. cit., pág. 198.

(17) Para ver la incidencia de los mismos es muy útil D. EASTON: *The Political System: An Inquiry into the state of Political Science*, Chicago University Press, Chicago, 1960 (versión original de 1953), passim.

(18) T. S. KUHN: *The Structure of Scientific Revolutions*, International Encyclopedia of Unified Science, vol. II, núm. 4, segunda edición ampliada (tercera reimpresión), The University of Chicago Press, Chicago-Londres, 1971.

(19) Quizá sea prematuro afirmar aquí que la ciencia política se encuentra en un estado paradigmático. La discusión del problema se efectuará extensamente en un momento posterior de este trabajo.

el de que la más respetable forma de estudiar la política es la científica. Por ejemplo, el de que el baremo científico lo poseen las ciencias de la naturaleza y, por tanto, conviene imitar el modelo. Por ejemplo, el de que tales cosas se ligan con la asepsia. Por ejemplo, el olvido de toda intervención crítica, toda aventura reformista, toda preocupación por la aplicación práctica del conocimiento.

En algún lugar de su «anti-minotauro» Gouldner especifica que la posición de Weber sobre la libertad de valores en ciencia social «apela a la razón, pero ignora la experiencia». En muchos de los que poco críticamente asumieron su postura, ritualizándola bajo la forma del precepto «no cometerás juicios de valor» (una especie de sexto mandamiento del científico social), apelando bastante menos a la razón se produce la misma ignorancia de la experiencia. Acudiendo a ella fundamentalmente trataré de probar los siguientes extremos: 1) Que el behavioralismo político, considerándose objetivo y neutral, haciendo de la objetividad y la neutralidad elemento indispensable del carácter científico del estudio político, acaba por resultar en su desarrollo particularmente antiobjetivo y carente de neutralidad; y lo que es más peligroso, particularmente inconsciente de su carencia de tales «bienes». 2) Ello es así: porque el behavioralismo político expresa un tipo de pensamiento político propio (del bloque dominante) de la organización capitalista industrial avanzada (20). 3) La falta de objetividad y neutralidad, duplicada precisamente por su ignorancia y negación explícita del hecho, procede en gran medida de la marginación en que se deja un problema clave, cuyo olvido no evita el resultado, sino que aliena al científico del que en todo caso se produce: el de las consecuencias sociales (positivas o negativas) de la actividad científica. 4) Tal olvido de las consecuencias sociales de la investigación opera importantes distorsiones en la labor no sólo de los behavioralistas, sino, con frecuencia, en la misma de quienes más acremente se les oponen (por ejemplo, visiones dialéctico-críticas, movimiento postbehavioral, etc.); y 5) Es imprescindible en el momento presente del desarrollo de la ciencia política rescatar para el contenido de esta actividad el control de las consecuencias sociales del menester científico por más que nos plantee decepcionantes imágenes propias y nos enrede en insolubles querellas entre la ética de la convicción y la ética de la responsabilidad. Sin el planteamiento del problema no ha de venir la solución y, mientras tal solución no llegue, nuestra actividad será inútil, alienada o, más frecuentemente, ambas cosas.

(20) «Sociedad postindustrial», «sociedad del capitalismo tardío», etc., son otras denominaciones en uso. No creo que requiera, a nuestros efectos, particular justificación mi preferencia al escoger el nombre de «sociedad capitalista industrial avanzada».

Procederé gradualmente para probar estos extremos. Y en este sentido el primer paso consiste en no crear como adversarios «hombres de paja» a los que resulta fácil demoler con un mínimo ejercicio crítico. En nuestro caso concreto, evitar la ficticia demolición del «hombre de paja» obliga a dos cosas. Por una parte, a no confundir los fallos del behavioralismo con las «humanas debilidades» de los behavioralistas. Kavanagh, desde el campo behavioral, ha advertido certeramente que en tanto la crítica al behavioralismo derive de las deficiencias de los investigadores no se produce condena alguna del enfoque (21). Eso, a lo más, puede ser parte del argumento, pero nunca el argumento todo. Pero, en segundo lugar, hay una obligación más seria: la de no confundir el behavioralismo con su versión «ingenua», la que precisamente más retrata la «ritualización» citada de Gouldner. No todos los behavioralistas —de hecho pocos entre los de reconocido prestigio— se limitan a afirmar simplemente y sin mayor matiz que la ciencia política puede ser, es y debe ser (evidente paradoja, ciertamente), en todo caso, aséptica y neutral. Las cosas suelen ser más complicadas. Permitáseme verlo a través del ejemplo que representan dos behavioralistas acreditados: R. A. Dahl y D. Easton.

El primero de ellos, confrontado con el problema de los valores, en su *Modern Political Analysis*; y terciando en la discusión entre quienes llama «empiricistas» y «transempiristas» afirmaría lo siguiente: «Si prescindimos de los argumentos puramente retóricos en los que los propugnadores presentan hombres de paja a los que luego abaten triunfalmente, resulta que los teóricos "empíricos" y "transempíricos" están sustancialmente de acuerdo en las siguientes proposiciones: 1) Los valores, los intereses y la curiosidad de un investigador influyen en su elección de los temas: lo que considera interesante, importante y que valga la pena ser investigado. Esto rige tanto en las ciencias naturales como sociales. 2) Es imposible establecer criterios de importancia y pertinencia sacados enteramente del conocimiento empírico. Se requieren valores de alguna clase para decidir si es más importante comprender las diferentes condiciones bajo las cuales las democracias y las dictaduras son relativamente estables, que el procedimiento legislativo del East Pilchard Rotary Club. 3) El hecho de aspirar a un análisis objetivo de la política presupone que valoremos la verdad. Tenemos que creer que vale la pena distinguir entre la verdad y la falsedad. 4) Cuando traten de hombres o de partículas atómicas (*sic* en la traducción) todas las ciencias empíricas descansan lógicamente sobre suposiciones que no pueden ser establecidas por sí mismas por los métodos de las ciencias empíricas. Por ejemplo, todas las ciencias em-

(21) D. KAVANAGH: *Critique of Behavioralism*, ciclostilado, Universidad de Manchester (Department of Government), 1971.

píricas dan por supuesto que el Universo es "regular" o "justo" en vez de encontrarse sin orden ni concierto. 5) En la práctica los prejuicios de un investigador pueden inducirle a equivocarse en la lectura de sus observaciones y de sus pruebas; y 6) La neutralidad, la objetividad, la capacidad y la oportunidad necesarias para despegarse científicamente son imposibles sin ciertos requisitos sociales y políticos (22)».

He aquí ya una primera muestra, en los propios términos de alguien que comparte el humor behavioral, de que el tratamiento del problema valorativo y de la neutralidad dentro del movimiento no tiene que ser necesariamente tan simple como la visión «ingenua» nos hace creer.

Si de ahí pasamos al segundo ejemplo escogido, el de David Easton, las cosas se hacen todavía más palpables. En su clásico *The Political System*, partiendo de la base de que la investigación libre de valores es un mito, insostenible pese a las mejores intenciones, indica algo que juzgo de la mayor relevancia: «Como todo conocimiento social, la ciencia política debe sus orígenes y apoyo continuado al hecho obvio de que los seres humanos la consideran útil. Si los hombres no pensaran que la ciencia política satisface o podría últimamente satisfacer determinados propósitos humanos, difícilmente podría haber subsistido durante casi dos mil años (...) La utilidad de la ciencia política nace del hecho de que ayuda a los hombres a decidir la clase de sistema político que podrían preferir (...) La inspiración existente detrás de la ciencia política es claramente ética». Supone junto a ello Easton que las proposiciones de hecho y las proposiciones morales, siendo lógicamente heterogéneas, no se dan en la práctica claramente separadas por cuanto es casi imposible en este terreno encontrar una sola de ellas que exprese solamente sentimientos o afirme sólo una relación de hecho. Sin embargo, añadirá, la mera afirmación de que los valores subyacen toda la investigación, no conduce a la inevitable conclusión de que estos valores deban, por virtud de su presencia, influir esta investigación. La conclusión que obtiene el profesor americano es la necesidad de proceder por parte del investigador a una clarificación moral. «Lo que no puede ser exilado de la investigación debe colocarse a la luz del día.» El problema está en la elección del camino para conseguir la clarificación exigida. Respecto a ello, expone Easton su creencia de que la mera expresión formal de los valores no es suficiente (23). En tal caso, sólo otros dos caminos son utilizables. El primero es a través de la

(22) ROBERT A. DAHL, op. cit., págs. 121-123.

(23) D. EASTON: *The Political System*. Véase en especial el capítulo 9.º («The Moral Foundations of Theoretical Research») y muy particularmente su apartado «The Meaning of Moral Clarity», págs. 228 y sigs.

experiencia de una situación que provoca una expresión de todas nuestras preferencias básicas en circunstancias en las que no todo puede ser logrado igualmente. Esto sólo ocurriría en el caso de que se nos presentara la posibilidad de reconstruir un sistema político *ex novo*. El segundo, más hacedero en consecuencia, sería a través del método tradicional de la teoría política por medio del cual sobre la vida política práctica reflejamos, analizamos y proyectamos nuestros puntos de vista morales (24).

Con estas dos referencias la posición que se pretende discutir queda reconstruida en términos más adecuados. Mostrar ahora las inconsistencias de la(s) posición(es) respecto a la objetividad y la neutralidad asumida(s) por el movimiento behavioral exige moverse en planos múltiples porque ya no cabe señalar sin más que «la ciencia social positivista es avalorista y éticamente neutral: es imparcial ante el conflicto entre el bien y el mal, cualquiera que sea la forma en que el bien y el mal puedan ser interpretados (...) La ceguera moral es condición indispensable para el análisis científico» (25). Estas palabras escritas por un defensor a ultranza de la «filosofía política» (26) tendrían que matizarse nuevamente cuando hay fuertes defensores de la ciencia social positivista —el caso de Easton es claro— que recaban precisamente la filosofía política como ineludible cumplimiento de la finalidad ética que justifica históricamente la persistencia de su saber. En el mismo sentido, tampoco cabe acudir a los más triviales datos negadores de esa presunta libertad de valores —preferencia de un objeto de investigación sobre otros, valoración de la verdad, puesto que se trata de esforzarse en descubrirla, etc.—, porque, como hemos examinado, no es ajeno al behavioralismo en todos los casos su reconocimiento.

Lo que a mi parecer sucede viene adecuadamente explicado en el trabajo de Gouldner, que tanto mencionamos. La afirmación de que la ciencia política debe ser (una vez más, la contradicción) objetiva y valorativamente neutral, significan cosas muy distintas dentro de los partícipes del enfoque. En la versión «ingenua» que se refirió, no significa absolutamente nada (en el plano intelectual). Y no significa nada, porque ni siquiera es objeto de reflexión. Pertenece un poco a ese orden de rasgos que simbólicamente expresan la pertenencia a un grupo como el «casarse por la Iglesia» en la España re-

(24) *Ibidem*, págs. 229-232.

(25) LEO STRAUS: *¿Qué es filosofía política?*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1970, página 23.

(26) Por «filosofía política» (a veces, originando enormes confusiones innecesarias, llamada también «teoría política») entendemos el tipo de estudio de la política que efectúa propuestas normativas, esto es, proyecta una visión de cómo debería estar constituida una determinada sociedad política positivamente valorada, etc.

ciente o el valor que al militar se le supone. Gouldner lo había visto así: «Temo que hay muchos sociólogos que, al concebir la ciencia social como libre de valores significan cosas muy diferentes; que muchos sostienen estas creencias dogmáticamente sin haber examinado seriamente las raíces sobre las que el supuesto goza de credibilidad y que algunos afirman una sociología libre de valores de forma ritualista sin tener una idea clara de lo que quieren decir con ello», estimando como una de las principales fuerzas institucionales sostenedoras del mito la utilidad que la creencia presta a la cohesión y a la autonomía de la Universidad moderna en general y de las más nuevas ciencias sociales en particular (27).

De ahí probablemente los dislates de las irreflexiones más radicales en la afirmación de objetividad. En la medida en que el problema se plantea como tal en el seno del positivismo behaviorista las respuestas son más templadas. Se sigue afirmando la pretensión de objetividad, sólo que ya no significa la ausencia de valores, sino algo más vago (y más crítico) que discurre desde el reconocimiento de su presencia, pero afirmando la posibilidad, en último término, de distinguir y separar afirmaciones de hecho y juicios de valor a la exigencia de su control mediante la abierta expresión de los que se sustentan teniendo quizás su punto central en la afirmación de que, por más que existan y en algunos momentos influyan, no hay razón para que distorsionen el hilo de la investigación, su decurso lógico. La objetividad (ahora bastante próxima a consistencia) del desarrollo de la investigación puede, y debe, en último término, ser salvaguardada.

Según estimo, ni quienes en estas regiones más templadas del behaviorismo se encuentran, están a salvo de inconsistencias sustanciales. Los supuestos (salvo si se aceptan en un sentido muy trivial) de que los valores no concurren en el desenvolvimiento del desarrollo lógico de la investigación, afectándolo de algún modo, que parecen igualmente ilusorios y míticos. No más, por cierto, que la posibilidad de separar afirmaciones de hecho y juicios de valor. Trataré de probar, a continuación, este carácter ilusorio de la objetividad en el behaviorismo. Lo que no constituye sino una parte del problema. Porque, a mi juicio, lo sustancial discurre en torno a la neutralidad tal como inicialmente la entendimos. Creo haber anticipado mi sorpresa sobre lo infrecuente que resulta ver incorporado el problema de las consecuencias sociales de la investigación social a la discusión del problema valorativo. Tal vez se suponga que la dimensión epistemológica de éste es ajena a aquél, dejándolo, por tanto, al margen de la discusión, si acaso relegado a un momento posterior que en nada le afecta. Esta ruptura que, a su vez, me parece pre-

(27) ALVIN W. GOULDNER, art. cit., pág. 198.

ciso quebrar, constituye uno de los errores más graves de la ciencia política en la actualidad (a la que, por cierto, no son enteramente ajenos ni los empeños críticos ni parte de quienes hacen nuclear la cuestión de las relaciones entre teoría y práctica). Si no me equivoco, la respuesta al tema de las consecuencias sociales de la investigación (una de las cuales es dejarlo sin respuesta) condiciona sustancialmente la vertiente epistemológica. La ruptura, así, opera no sólo con un carácter carente de objetividad y neutralidad, sino que, además, no controla el hecho (por no ocuparse de él), alienándose de tan sustanciales aspectos de la investigación a puro de ignorarlos. Se discutirá en extenso este extremo. De momento, me limitaré a descubrir las contradicciones en que el behavioralismo se enreda en lo que a la objetividad y neutralidad atañe, con argumentos que, según pienso, alcanzan desde sus versiones «ingenuas» a las que, en forma más o menos laxa, pudiéramos llamar «críticas». Procederé, para ello, en tres escalones.

II

CRÍTICAS ANECDÓTICAS AL BEHAVIORALISMO POLÍTICO: ARGUMENTOS (SUPUESTAMENTE) «AD HOMINEN»

En principio, lo que va a detallarse ahora afectará más a las «debilidades» de los investigadores que a las deficiencias del enfoque. Como tal, sin más argumento, no constituye elemento decisivo, aunque sí un significativo indicio.

Resulta, por ejemplo, sorprendente que en el ya citado libro de Somit y Tanenhaus, historiando el desarrollo más reciente de la ciencia política, instantes después de calificar al behavioralismo como paradigma dominante en el momento presente y de cifrar como elemento básico de su credo la renuncia en beneficio de la investigación pura, tanto a la proposición de soluciones a problemas sociales específicos de carácter inmediato, cuanto a posibles aventuras reformistas, se pueda incluir un catálogo de «responsabilidades (seditivas) extracientíficas» cumplidas durante el mismo período por la disciplina. Específicamente se trataba de la «educación para una ciudadanía democrática» y, de otro lado, la participación en los asuntos públicos, la *public policy* (28).

El hecho, desde luego, aparece reconocido en lugares muy diversos. Easton, por ejemplo, en su comunicación presidencial a la reunión de la Asocia-

(28) A. SOMIT y J. TANENHAUS, op. cit., págs. 195 y sigs.

ción Americana de Ciencia Política, en diciembre de 1969 (por cierto, en un momento en que la criada había empezado a salir respondona; esto es, había entrado en juego el postbehavioralismo), reconocía que «cualquier inspección al azar de la investigación que se lleva a cabo revelaría que, independientemente de cualquier calificación ideal, la investigación pura nunca ha exhibido más que una pequeñísima fracción de los recursos de la disciplina. Hemos estado demasiado dispuestos —añadirá— a aconsejar a las agencias federales, estatales y locales sobre asuntos inmediatos, y a los partidos políticos y los candidatos sobre sus campañas» (29). Permítaseme en este mismo orden de cosas recordar que incluso existe una orientación dentro de la disciplina, la llamada *policy orientation* (30), que hace, precisamente, del servicio a la *policy* su primado, estimando a su través los datos a recoger y la metodología a emplear. Y, ciertamente, no carece de importancia.

Lo que con ello quiero indicar son dos cosas. Primero, que la ciencia política contemporánea, en la versión predominante del behaviorismo, se entrega a una serie de tendencias prácticas que están destinadas y sirven al sistema constituido (entiéndase: al bloque dominante en el mismo) en las sociedades industriales avanzadas de carácter capitalista (31). Segundo, que eso desvela la inconsistencia que supone afirmarse, pese a ello, en una permanente virginidad que no se mancha las manos ni con valoraciones ni con las tentaciones prácticas (32).

El servicio al sistema constituido en las sociedades que referimos pienso está fuera de duda. Para entendernos, cuando se habla de «educación para una ciudadanía democrática», ¿se está significando algo distinto de «educación para una ciudadanía en el tipo democrático llamado "occidental"» o, aún más, democrático a la americana? Cosa que no parece muy distinta a un ejercicio de preparación para la aceptación del sistema. De no ser así, tengo se-

(29) D. EASTON: «The New Revolution in Political Science» (Comunicación presidencial a la 65 reunión anual de la Asociación Americana de Ciencia Política, celebrada en septiembre de 1969), en *American Political Science Review*, 63, diciembre 1969, páginas 1051 y sigs.

(30) Una visión introductoria en D. LERNER y H. LASWELL: *The Policy Sciences: Recent Developments in Scope and Method*, Stanford University Press, Stanford, 1951.

(31) Importante resulta limitar momentáneamente el «ámbito geográfico» de las sociedades a las que se supone sirve funcionalmente la orientación actualmente dominante en ciencia política. Una discusión de este extremo se encontrará en el apartado final de este trabajo.

(32) Insisto una vez más en que, de acuerdo con el curso argumental seguido, lo importante no es tanto la incidencia de valoraciones y parcialidades en el behaviorismo cuanto el hecho de que específicamente se niegue que sea así como cuestión casi fundamental de su aportación metodológica.

rias dificultades para pensar que la sociedad en cuyo seno se desarrolló el behavioralismo hubiera permitido llevar a cabo tan abiertamente el cumplimiento de la «responsabilidad».

Mucho más clara es la cuestión en lo que se refiere a la *public policy*. Porque en ella su papel, simplificando mucho las cosas, se reduce a pronunciamientos en torno a los medios más adecuados para el logro de una finalidad predeterminada, resultado, a su vez, de una decisión a la que el investigador es ajeno. Habermas lo ha expuesto con exactitud al señalar que la ciencia social «puede exigirle a la actuación política una racionalidad teleológica, pero los objetivos mismos y la dirección de los proyectos y planeamientos que se le encomiendan, siempre se le proponen por anticipación. Precisamente, en la cooperación con las burocracias de planeamiento, en la cual la sociología puede llegar a ser más fructífera que nunca, debe someterse, pues, a la rigurosa división de tareas entre análisis y decisión, entre diagnóstico y programa: cuanto más logre dejarse convertir en un poder técnico (si bien no en uno práctico), con tanta mayor seguridad se le cierra la dimensión en la cual pudiera encargarse de tareas críticas o conservadoras con responsabilidad propia (33).

En resumen, si la utilidad a prestar en el terreno práctico por la disciplina la mantiene ajena a la decisión sobre los fines sociales a conseguir, éstos, que vienen predeterminados sea por las agencias estatales sea por los grupos privados instalados en el sistema constituido, comprometen a la disciplina decisivamente en él, poniendo una vez más en evidencia, en el más castizo de los sentidos, la neutralidad tantas veces declamada. No resultaba así azar la amarga manera en que el *Caucus for a New Political Science* expresaba las razones de su nacimiento: «El C. N. P. S. (...) se formó en 1967 para combatir la complacencia de la ciencia política americana, su conservadurismo, sus vínculos gubernamentales (...). (La ciencia política) estaba, con mucho, dedicada a perpetuar las instituciones dominantes y los intereses ideológicos de la sociedad americana. Muchos de los científicos de la política daban consejo a la C. I. A. y al Departamento de Estado, para quien trabajaban. Se descubrió que individuos que ocupaban cargos en la A. P. S. A. estaban vinculados a *Operations and Policy Research*, organización investigadora fundada por la C. I. A., y que la Asociación ha recibido también fondos de la misma agencia a través de la *Asia Foundation*» (34).

(33) JÜRGEN HABERMAS: *Teoría y práctica*, Sur, Buenos Aires, 1966, págs. 118 y 119. Véase igualmente, a este respecto, sus aportaciones a *La disputa del positivismo en la sociología alemana*. (Hay versión española de Editorial Grijalbo.)

(34) MARVIN SURKIN y ALAN WOLFE (Ed.): *An End to Political Science* (The Caucus Papers), Basic Books Inc., Nueva York, 1970, pág. 3.

El servicio al sistema constituido que la línea positivista-behavioral comporta se refuerza con consideraciones de orden metodológico que «desprivatizan» el asunto. Con lo visto hasta ahora se podría utilizar la vía de escape de achacar a las deficiencias de los políticos el que la colaboración se solicite para fines conservadores (y eso sólo en el caso de que no se compartieran tales preferencias) o hacer lo propio inculcando a los científicos por no poner sus conocimientos (en el caso de que fuera posible) al servicio de otras finalidades.

Pero —aquí el hecho básico— las concepciones metodológicas que emplean, fuerzan a que sus servicios prácticos tengan que ser precisamente esos y solamente ellos. Horst Baier, refiriéndose a la sociología, lo ha puesto de relieve en un excelente trabajo al ocuparse de la tecnología social como meta (práctica) del positivismo. Porque para que los conocimientos positivistas sean válidos (es de suponer que también en lo referido a su utilidad práctica) se exige la repetición de la situación en un determinado momento descrita. Veámoslo con él mismo: «Es significativo que la teoría positivista deba proteger su estructura conceptual, construida en forma axiomático-deductiva, verificando constantemente sus afirmaciones básicas constatables empíricamente, por medio de controles que la ratifican y viceversa, que deba eliminar todo aquello que el control muestra falso; de lo contrario, la teoría pierde su valor empírico (...). La cuestión de la verdad de la teoría coincide, pues, con la cuestión de la repetición de la situación descrita» (35).

El acento popperiano que subyace a la concepción metodológica expuesta en el párrafo precedente es neto. La visión tan querida al positivismo (y, no habré de negarlo, tan enormemente atractiva) del conocimiento científico en términos de conjeturas y refutaciones obliga a considerar provisional la validez de cualquier teoría (en tanto no sea refutada). Como el dato que precisamente ha de mantenerle la validez o negársela es su contraste con la realidad, el cambio de ésta provoca la invalidez de aquélla, según creo, de forma automática. La primacía de la estática y la repetición es la condición —*sine que non*— de todo el montaje. Así las cosas, la aplicabilidad práctica de los conocimientos con tales criterios logrados (porque se supone que se pensará sólo la aplicación de aquellos que sean, de momento, todavía válidos) se limita a medidas operables sólo cuando se da por supuesta la persistencia del orden existente.

El hecho en cuanto tal no propicia (salvo que se parta de valores diferen-

(35) HORST BAIER: «¿Tecnología social o liberación social? La polémica entre positivistas y dialécticos sobre la misión de la Sociología», en B. SCHAPERS: *Crítica de la Sociología*, Monte Avila Editores, Caracas, 1969, pág. 14.

tes y en virtud de ellos) crítica alguna a la consistencia del positivismo behavioral. Incluso estimo que ese ámbito de la tecnología social —siempre que se conozcan y asuman sus compromisos sociales y políticos— es una de las pocas líneas que pueden ofrecerle a la disciplina un sentido social que nos evite la permanente tentación de considerarnos inútiles y gratuitos con la correspondiente admiración del «constructor de puentes», «diseñador de motores» o «preparador de fármacos», nuestros equívocos ídolos (36).

La grave inconsistencia radica en otro punto. En el hecho de cumplir las reseñadas labores prácticas cuando específicamente se proclama lo contrario como uno de los órganos vitales del enfoque. Y no es que me encuentre formalmente obsesionado con la fidelidad a la propia imagen descrita. Por el contrario, son razones de orden práctico las que me llevan a conferir tanta importancia a la contradicción. La proclama de la neutralidad ayuda a no pensar seriamente el tema. Uno de los caminos para no pensar seriamente es exactamente el de llamar al ámbito de la aplicabilidad «responsabilidad extracientífica», o sea, marginarlo del problema de la ciencia, dividiendo arbitrariamente al científico y al ciudadano (o, ¡ay!, al súbdito), a cada uno de los cuales se le cuelgan a conveniencia las actividades que se realizan, olvidando que el centro de interés no es la práctica *qua ciudadano*, sino *qua científico*, con lo que resulta difícil excluir la preocupación del campo de la ciencia.

Puesto que la experiencia acredita que «aplicaciones prácticas» se han producido, se producen y se producirán (no se olvide que una forma de afectar a la práctica es no dedicar a ella los recursos disponibles), la única salida coherente es encarar el problema de modo que la solución ofrecida no sea el resultado del azar o de factores «domésticos» (prestigio, dinero, etc.) irreflexivamente aceptados, sino el producto de una decisión propia y controlada. El proclamarse neutrales jugando a colgar al *alter ego* ciudadano los datos que

(36) Sería de interés el estudio del «mito del científico natural» que en el científico social opera. Por lo común, los argumentos se resumen en el «sirve para algo concreto», «lo que hace ahí está y es útil», «en ese ámbito sí que caben certezas», etc. Tales argumentaciones —que, como cada cual, casi siempre comparto— suelen convertirse en obstáculo y pretexto para confrontar la cuestión a niveles más profundos. En principio, nos caracterizamos por la «toma de la parte por el todo» adjudicándole a la ciencia natural «rigores» de los que, con frecuencia, carece. Pero es que, además, no surge de ahí la resultante lógica: el empeño en dar «utilidad práctica» a nuestros conocimientos. Finalmente no parece desdeñable sugerir que «nuestro complejo de inferioridad» se basa en gran medida en el hecho de dejar fuera de cómputo nuestra tremenda autocrítica en materia de valoraciones, en concernimientos con la práctica, etcétera, lo que no significa afirmación de su no comparecencia de las ciencias naturales sino, más bien, por regla general, la deficiencia crítica del científico natural a este respecto.

niegan el supuesto, funciona a la vez como trampa para no pensar y como justificante de no haberlo hecho (necesidad de justificarse que delata, por otra parte, cierta mala conciencia). Ni siquiera escapa a ello la «refinada» y «respetable» visión del científico de la política como expendedor de productos químicos de validez universal que luego su clientela (quien en tal versión soporta la responsabilidad) podrá usar, sea para curar una gastritis, sea para eliminar por las bravas el impedimento de vínculo. Entre otras cosas, porque —creo haberlo mostrado ya— los conocimientos que se adquieren y la forma en que se hace prejuzgan el rango de servicios que pueden prestar.

Sólo el reconocimiento del problema como tal y la reflexión sobre el mismo, previa a cualquier decisión, nos puede devolver la coherencia. En la medida en que la confesión de neutralidad y objetividad lo hurta es en la medida en que (principalmente) la critico. Lo lamentable del caso es que mientras nosotros nos movemos por tales vericuetos en la vecindad de la ciencia social la controversia básica «se refiere, sobre todo en su núcleo, a las finalidades prácticas del estudio, a sus (...) intereses por modificar la realidad social, que es lo que guía (los) trabajos teóricos y lo que determina en el fondo (las) diversas metodologías» (37).

III

UN EXAMEN CRÍTICO DE LOS OBJETOS INVESTIGADOS

Dahl había expresado la imposibilidad de establecer criterios de importancia y pertinencia sacados únicamente del conocimiento empírico. Sibley recordaba que la mera selección de temas para la investigación estaba coloreada por valores no derivables de la misma en tanto, a fin de cuentas, los conceptos y valores que determinan lo que se estudia y cómo se estudia están relacionados con los juicios que se tienen sobre las metas que uno identifica con la ciencia política y con la general «experiencia vital» de cada cual (38). La posición positiva (behavioral) no iba a negar el hecho. En consecuencia, el debate se sitúa al nivel de la influencia ulterior de ese peso valorativo inicial.

Y aquí, lo normal en la posición positivista, es negarle mayor significado. Dahrendorf —siguiendo a Weber— puede representar un buen ejemplo, porque, para él, «la cuestión de la elección temática como un problema de posi-

(37) H. BAIER, art. cit., pág. 12.

(38) MULFORD Q. SIBLEY, art. cit., pág. 52.

ble influencia perniciosa de los juicios de valor sobre las investigaciones científico-sociales, resulta ser sólo un problema aparente». Quizá su argumento fundamental corra por vía de ejemplo. Supongamos —dice— a cinco científicos analizando cada uno por motivos distintos el mismo tema. No tendrían por qué llegar a conclusiones diferentes (39).

A esta observación cabe hacerle desde ahora dos objeciones. ¿En virtud de qué cabe afirmar que aunque los motivos sean radicalmente distintos el tipo de tratamiento va a ser exactamente el mismo? El recurso a la experiencia probablemente nos acredite lo contrario. Pero es que, aún más, ¿resulta realista pensar que cinco científicos con motivos extremadamente diferentes se interesen exactamente en el mismo tema (salvo que se entienda de una forma tan amplia como trivial)?

No todo tipo de tratamiento sirve indiscriminadamente para dar respuesta al inacabable arsenal de los problemas. Seleccionar un objeto es, en parte también, seleccionar el curso de la investigación. Mirándolo desde el prisma del papel social que la disciplina puede cumplir esta afirmación acentúa su valor.

Por eso, no resultan extrañas las preferencias de la ciencia política guiada por el paradigma behavioral. Son a la vez muestras de los límites, en cuanto a problemática abarcable, del método y una manifestación de los valores que imponen la elección de una línea metodológica con tales limitaciones. De manera que el papel social (o su carencia) con que la disciplina se concibe se liga inevitablemente con sus supuestos epistemológicos que, a la vez, confirman este papel social. La selección de unos temas sobre otros pierde su aparente inocuidad. En el apartado siguiente se volverá a ello.

Nos conformaremos, por ahora, con dejar constancia de las aludidas preferencias. Quizá para eso la mejor referencia la constituya un reciente trabajo de D. C. Schwartz cuyo título, de por sí, es significativo: *Hacia una ciencia política más relevante y rigurosa*. Su aportación fundamental consiste en señalar cómo la reciente literatura en nuestro campo ha enfatizado las elecciones y la participación electoral con el correspondiente menosprecio (relativo) de otras formas de participación menos tradicionales, como, por ejemplo, la protesta y la violencia política (revolución, golpes, asesinatos, alborotos) y eso cuando «intuitivamente podríamos haber esperado que la ciencia política reciente hubiera prestado sustancial atención a las protestas y a la violencia, dado que la frecuencia, diversidad y extensión geográfica de la

(39) R. DAHRENDORF: *Sociedad y libertad*, Editorial Tecnos, Madrid, 1966. (Véase, en particular, el capítulo 2: «Ciencia y juicios de valor».)

violencia política en nuestra época sugiere que es de una inestabilidad sin parangón» (40).

El «beneficio» otorgado a los temas que se basan en la persistencia del *statu quo* nos aparece más claramente en los cuadros I, II y III. Tomando como base el tema predominante de los artículos publicados entre 1960 y 1970 en siete importantes revistas en las cuales los científicos de la política

CUADRO I

Frecuencias relativas de los estudios de elecciones y de los procesos de inestabilidad en siete revistas importantes de ciencia política en el periodo 1960-1970

TIPO DE ESTUDIO	Número absoluto	Porcentaje de todas las categorías codificadas representadas por este tipo de estudio
1.—Elecciones	125	48
2.—Participación electoral.....	55	21
3.—Revoluciones	36	14
4.—Golpes y relaciones entre lo Civil y lo Militar ..	16	6
5.—Asesinatos	1	1
6.—Alborotos.....	1	1
7.—Violencia política (en general)	20	8
8.—Protesta política (en general)	0	2
9.—Total de elecciones (n.º 1 y 2)	180	69
10.—Total procesos de inestabilidad (n.º 3 a 8) ...	80	31

NOTA—En el original se han redondeado los porcentajes.

dan cuenta usualmente de sus investigaciones (41), en el primero de ellos se registra la frecuencia relativa de los estudios sobre elecciones comparados con los estudios sobre procesos de inestabilidad. En el cuadro II se comparan las relativas frecuencias de estudios que toman como base la participación elec-

(40) D. C. SCHWARTZ: «Toward a More Relevant and Rigorous Political Science», en *Journal of Politics*, 36, núm. 1, 1974. Véanse, sobre todo, págs. 112-118.

(41) Las revistas a que se hace mención son: *The American Political Science Review*, *Journal of Politics*, *Midwest Journal of Political Science*, *Western Political Quarterly*, *World Politics*, *Foreign Affairs* y *Journal of Conflict Resolution*.

toral y aquellos otros que se ocupan de formas de participación menos tradicionales. Finalmente en el cuadro III —acaso el más útil— se expresa la relativa frecuencia de las elecciones y otras formas tradicionales de transmisión

CUADRO II

Frecuencia relativa de los estudios en base a la participación electoral frente a estudios de formas menos tradicionales de participación

	Participación electoral	Alienación	Pobreza	Conflicto racial
Números absolutos.....	55	5	9	7
Porcentaje de todas las categorías codificadas representadas por este tipo de estudio (redondeado).....	72	7	12	9

CUADRO III

Frecuencia relativa de las elecciones y otros acontecimientos relacionados con las formas tradicionales de transición del poder comparados con los acontecimientos de inestabilidad en 136 naciones (período 1950-1970)

TIPO DE ACONTECIMIENTO	Frecuencia media anual (1930-1959)	Frecuencia media anual (1960-1967)	Porcentaje de incremento
1.—Elecciones.....	.29	.33	15
2.—Transferencias regulares del Ejecutivo (cambios pacíficos de gabinete y similares).....	.45	.50	11
3.—Renovación de la detentación del Ejecutivo (retención de poder regular y pacífica y similares).....	.54	.74	37
4.—Manifestaciones de protesta.....	1.20	5.50	360
5.—Huelgas políticas.....	.76	1.59	109
6.—Golpes.....	.04	.07	43
7.—Algaradas.....	2.73	3.78	34
8.—Asesinatos.....	.92	1.27	38
9.—Todas las formas tradicionales de transmisión del poder (n.º 1-3).....			21
10.—Todas las formas de inestabilidad (números 4-8).....			117

del poder comparadas con los sucesos de inestabilidad política ocurridos durante los años que van de 1950 a 1970.

Los datos apenas requieren mayor comentario. No se trata sólo de la preocupación fundamental con los *items* que podríamos llamar «conservadores», sino que esto se lleva a cabo en desproporción con los acontecimientos políticos reales. El significado de ello ha quedado, al menos eso espero, claro. Aunque también aquí no podemos sacarle todo su jugo hasta que no lo pongamos en contacto con el «contexto de aparición» del behavioralismo.

IV

PROBLEMAS DE OBJETIVIDAD Y NEUTRALIDAD EN LAS TEORÍAS BEHAVIORALES: DOS CASOS

Ni las labores prácticas que ejecuta una ciencia política conducida por la batuta behavioral ni la parcial selección de temas sobre los que centran su interés, alcanzan todavía a uno de mis argumentos centrales: la presencia de los valores en el desarrollo mismo de la investigación (no en sus pasos previos o posteriores). De probarse, ni siquiera quedarían los usuales recursos (que en cualquier caso, por las razones apuntadas, no comparto) de indicar «alguna suerte de valor está presente en la selección de los temas, pero eso no significa que hayan de afectar en modo alguno al trabajo científico», «el tipo de hombre que constituye la meta del trabajo es una cuestión filosófica que más vale dejar a los filósofos» (42), etc. Uno de los elementos básicos del behavioralismo —precisamente el que más lo distingue de ciertas similitudes previas— es su concernimiento con la teoría. A través de ella procuraremos precisamente la prueba que necesitamos.

Quizá sea conveniente empezar con los hechos (que, desde luego, no son el primer paso «real» de la investigación). La suposición de que están ahí, abiertos a nuestra disposición, improblemáticos y nítidos constituye uno de los soportes aparentemente fuertes de quienes defienden la no injerencia en el desarrollo del trabajo científico del específico abanico de preferencias que arrastra el investigador. Es algo así como si aquéllos vencieran en su disputa con éstas por su sola presencia, a menos que el estudioso no sólo fuera portador de valores, sino inconsistente, incapaz de mudar sus parcialidades frente al incontrovertible peso de la evidencia.

(42) H. EULAU: *The Behavioral Persuasion in Politics*, Randon House Inc., Nueva York, 1963, pág. 133.

En el más trivial de los sentidos eso es verdad. Por distinta que sea la perspectiva metodológica (ideológica) de investigadores encontrados, habrán de reconocer el hecho de que «en Francia los obreros votan al P. C. en mayor porcentaje que los directores de Banca». Claro que de seguir por esa línea —desgraciadamente más frecuente de lo que se supondría— caeríamos en la aberración tan sarcásticamente descrita por Leo Strauss «que es la base de toda una serie de investigaciones inútiles y de complicadas necedades» porque «conocimientos que un niño de diez años medianamente inteligente ya posee se considera que necesitan una prueba científica para que puedan ser aceptados como hechos» (43). Sólo en casos como el que la parodia retrata, en el caso de las correlaciones de muy bajo nivel, la radical separación entre afirmación de hecho y juicio de valor se torna sostenible.

La queja contra la «improblematicidad de los hechos» (44) adquiere en G. Myrdal una expresión brillante: Los hechos no se organizan a sí mismos en conceptos y teorías sólo porque se observen: en verdad, excepto dentro de la estructura de conceptos y teorías, no hay hechos científicos, sino sólo caos. Hay un elemento *a priori* ineludible en todo el trabajo científico. Se deben plantear las preguntas antes de obtener las respuestas. Todas las preguntas son expresión de nuestro interés en el mundo. En el fondo son valoraciones. Las valoraciones están, por lo tanto, necesariamente involucradas en una situación cuando observamos los hechos, y llevamos adelante el análisis teórico, y no sólo en la etapa en que extraemos inferencias políticas de los hechos y de las valoraciones» (45).

Lo indicaré de nuevo de otro modo. Piénsese que la finalidad de nuestros estudios al momento presente va referida principalmente a descripciones, ocasionalmente a explicaciones y a la predicción sólo muy raramente (46). Imaginemos ahora que nuestro propósito presente es describir la vida política francesa en la etapa de De Gaulle o explicar el cambio de la Iglesia católica española respecto a nuestro sistema político. El número de datos que en principio, esto es, antes de mediar concepto alguno de relevancia, nos serían de utilidad, resulta ilimitado (e inabarcable). Un marxista y un funcionalista no

(43) LEO STRAUSS, *op. cit.*, pág. 30.

(44) La denominación procede de CHARLES TAYLOR: «Neutrality in Political Science», en P. LASLETT y W. G. RUNCIMAN: *Philosophy, Politics and Society*, Third Series, Basil Blackwell, Oxford, 1969.

(45) GUNNAR MYRDAL: *Objetividad en la investigación social*, Fondo de Cultura Económica (Breviarios), Méjico, 1970, pág. 13.

(46) No puedo incluir aquí la más que larga discusión sobre qué sea explicación científica (en ciencia social) y qué predicción. Es considerablemente útil a este respecto el citado artículo de MULFORD Q. SIBLEY (págs. 63 y sigs.) para una discusión inicial.

recogerían exactamente los mismos. Y, desde luego, el rango de sus pretendidas explicaciones sería notablemente diferente. Hará falta, pues, algún criterio que nos delimite el terreno (lo que de paso limitará también la clase de explicación que podamos ofrecer). Justamente ese es el papel que cumplen los esquemas conceptuales. Recordaré de paso que en nuestro presente estado de desarrollo es esa la forma usual de lo que en ciencia política pasa por «teoría» (47). Es así como Charles Taylor ha podido afirmar que los marcos teóricos no sólo nos proporcionan las variables que serán relevantes y las leyes que serán válidas, sino que también nos señalan lo que necesita ser explicado y, en términos generales, por qué clase de factores. Para concluir de este modo: «Podemos decir que un marco explicatorio dado segrega una noción de lo bueno, y un conjunto de evaluaciones, que no puede ser suprimido —aunque pueda ser dejado a un lado— a menos que suprimamos el marco. Por supuesto, porque los valores pueden ser colocados a un lado, podemos únicamente decir que el marco tiende a apoyarlos no que establece su validez. Pero esto es bastante para mostrar que la neutralidad de los logros de la ciencia política no es lo que se pensó ser. El establecimiento de un marco conceptual dado restringe el rango de posiciones de valor que pueden ser defensiblemente adoptadas. Porque teniendo en cuenta el marco se pueden aceptar determinados bienes como tales sin más discusión mientras que otros bienes rivales no se pueden adoptar sin aducir consideraciones decisivas. Se podría decir que el marco distribuye de una manera determinada la carga de la prueba. No es, pues, neutral» (48).

Concretaremos lo que se acaba de apuntar sobre dos «teorías» hoy por hoy importantes. Difieren entre ellas no sólo en propósito, sino también en alcance (49). De todas formas ejemplifican bastante bien el conjunto.

(47) Véase, al respecto, BRIAN M. BARRY: *Sociologists, Economists and Democracy*, Collier-Macmillan «The Macmillan Company», Londres, 1970 (en especial, págs. 1-7).

(48) CHARLES TAYLOR, art. cit., págs. 56 y 57.

(49) Otras muchas teorías o esquemas teóricos podían haber sido aducidos en similar dirección. Teoría de los grupos, teoría de los juegos, etc. En ocasión posterior tengo proyectado considerarlas detenidamente. Como resumen puede verse J. E. SCHWARTZ: «Strategic Thought. Methodology and Reality», y J. PETRAS: «Ideology and United States Political Scientists», ambos en CHARLES A. MCCOY y JOHN PLAYFORD: *Apolitical Politics. A Critique of Behavioralism*, Thomas Y. Crowell Company, Nueva York, 1967.

A) *La teoría democrática del behavioralismo*

Movidos precisamente por su humor científico —o pretextándolo— los behavioralistas han negado la validez de la teoría clásica de la democracia en beneficio del realismo, de la descripción y del tratamiento empírico. Aunque «teoría clásica de la democracia» es una etiqueta que no se sabe muy exactamente lo que refiere (a veces se piensa en la democracia directa de la Grecia clásica, a veces en la visión del siglo XVIII) la nueva teoría behavioral incorpora, al menos, dos criterios: 1) Sustituir una teoría normativa de la democracia por otra que dice ser empírica y descriptiva; y 2) Efectuar la sustitución fundados en un «realismo» del que aquella, aparentemente, carecía.

La negación de su realismo procede de la confrontación entre los supuestos de esa versión clásica de la democracia con los descubrimientos de hecho alcanzados por una investigación política más refinada técnicamente (piénsese, por ejemplo, en el desarrollo presente de los estudios de participación electoral). De tal confrontación los nuevos teóricos han derivado la crítica que debe destronar a sus antecesores. En concreto, como indica J. L. Walker, la invalidez de la teoría clásica se sostiene «porque emplea concepciones de la naturaleza humana y de la forma de operar de la sociedad que son utópicas y (...) porque no proporciona adecuadas definiciones operacionales para sus términos claves (50).

Efectivamente, confrontados con los hechos (preferentemente, y no es azar, de los sistemas angloamericanos) la teoría clásica de la democracia quedaba negada. Ese ciudadano racional, interesado en la participación, bien informado, por no citar sino algunas de las características que aquella parecía exigir, hoy, sencillamente, parece no tener existencia (como categoría general o mayoritaria). En realidad lo que más bien se observa es desinterés, apatía, mala información. Ergo, la visión clásica carece de validez. Pero ¿qué se propone como sustituto? Se propone como sustituto una nueva teoría que es realista, empírica, descriptiva, con J. Schumpeter como probable iniciador y multitud de obras que vienen a seguirlo durante la pasada década. Por referir sólo algunas: *Voting*, de Berelson; *El hombre político*, de Lipset; *A Preface to Democratic theory*, de Dahl; *Democratic Theory*, de Sartori; *A theory of Stable Democracy*, de Eckstein (51), etc. La reducción de estas obras a

(50) J. L. WALKER: «A Critique of the Elitist Theory of Democracy», en CH. A. MCCOY y J. PLAYFORD, op. cit., pág. 200.

(51) Un análisis crítico de las obras que acaban de citarse y que, por lo demás, no constituyen sino un ejemplo entre el arsenal de trabajos similares producidos durante la última década, puede encontrarse en C. PATEMAN: *Participation and Democratic Theory*, Cambridge University Press, Cambridge, 1970.

un caudal común siempre será una manera de forzar su contenido, pero, en cualquier caso, podríamos señalar como rasgos generales que tienden más a considerar el método democrático que la democracia, que tienden a acentuar el papel pasivo de los ciudadanos y su apatía, distanciándolos de las élites para quienes queda reservada la participación cotidiana y que, de igual modo, tienden a propiciar la estabilidad (del sistema existente), el equilibrio y la heterogeneidad que puede favorecerlo.

Los problemas empiezan aquí. Se rechaza la teoría clásica a través de una insuficiente y defectuosa comprensión de su papel. A la falta de realismo se le opone lo «realista» y lo «empírico». La operación concluye en otra teoría, algo menos válida empíricamente de lo que se supone y tan normativa como aquélla, sólo que ahora volcando la normatividad en beneficio de la óptica conservadora, y, lo que es más importante, negando expresamente la presencia de «valores».

Primer error. Rechazar por ausencia de realismo la teoría clásica. Significa juzgar los medios colocados por otros desde las finalidades que son nuestras y no suyas. Como Duncan y Lukes señalan, es preciso, para situar acertadamente el problema, efectuar una distinción al nivel más general entre «teorías normativas que presentan y elaboran metas e ideales y teorías empíricas que describen y explican la realidad política» (52). La teoría clásica, indica L. Davis, «representa un esfuerzo, por inadecuado que pueda ser, de una teoría política práctica para la democracia. No práctica en el sentido de contener una descripción realista de la sociedad existente, sino práctica en el sentido de proporcionar líneas maestras para aquellos que buscan trascenderla. Con tal finalidad, parece un poco difícil que sin posterior argumentación los hechos puedan simplemente refutar los ideales (53).

Así parece, sin embargo, ser entendido por la democracia de los behavioristas. Ahora bien, el sustitutivo valor "realista" no siempre es tal. J. L. Walker, de nuevo, ha mostrado —por citar el caso más evidente— la posible inadecuación del concepto "realista" de pasivo, apolítico hombre común que confía en sus gobernantes y adláteres mientras permanece primariamente preocupado con su vida privada...». Sin negar el hecho de la apatía (evidente por demás) no hay porqué suponer que ésta brote de una causa única y que esta única fuente sea la felicidad que se experimenta respecto al sistema. Como el mismo autor más adelante indica: «La apatía política tiene obviamente

(52) G. DUNCAN y S. LUKES: «The New Democracy», en CH. A. MCCOY y J. PLAYFORD, op. cit., pág. 169.

(53) L. DAVIS: «The Cost of Realism: Contemporary Restatements of Democracy», en CH. A. MCCOY y J. PLAYFORD, op. cit. (Véase el artículo en su conjunto.)

muchas fuentes. Puede brotar de los sentimientos de inadecuación personal, de un miedo a poner en peligro importantes relaciones personales o de una carencia de interés en los problemas; pero puede también tener sus raíces en la estructura institucional de la sociedad, en la debilidad o ausencia de estímulos o apoyos por parte del grupo, en la oposición positiva a una mayor participación por parte de elementos del sistema político; en la ausencia, en otras palabras, de apropiados incentivos a la acción, o la presencia de elementos disuasivos tangibles» (54).

Con todo, no es esto lo más importante. Para mí lo sustantivo es la reconversión que se opera de lo descriptivo en prescriptivo. La realidad que se describe es al propio tiempo la que se valora, señalar lo que es consiste, al propio tiempo, en proponer lo que debe ser (¿qué otra cosa representa, por ejemplo, Berelson, indicando que el sistema que «describe» no sólo funciona, sino que funciona con distinción?, ¿qué otra cosa Dahl hablando de su eficiencia para fortalecer el acuerdo, animar la moderación y mantener la paz social?, ¿qué otra cosa hasta el propio título de Eckstein *Una teoría «estable» de la democracia?*).

Es esto lo que Ch. Bay con particular lucidez llamaba la paradoja de algunos importantes behavioralistas ocupados con la democracia que escriben como si desearan al mismo tiempo: ser rigurosamente neutrales en materia valorativa e impecables campeones de la convencional democracia pluralista (55). En definitiva, y pienso que nadie como C. Pateman lo ha puesto de relieve: «La teoría contemporánea de la democracia no describe meramente la operación de ciertos sistemas políticos, sino que implica que es la clase de sistema que debemos valorar e incluye un conjunto de *standards* o criterios por medio de los cuales un sistema político puede ser juzgado "democrático". No es difícil ver que, para los teóricos que consideramos, los *standards* son aquellos inherentes al existente sistema democrático angloamericano y que con el desarrollo de este sistema ya tenemos la democracia ideal» (56).

Para que no se piense que la indicación es poco fundada me valdré de un ejemplo típico. Se me permitirá la larga cita, pero toda ella está llena de sentido. Se trata de la definición (operativa) de la democracia (aquí «Gobierno democrático») ofrecida por A. Downs en su, por lo demás sumamente interesante, *An Economic Theory of Democracy*:

(54) J. L. WALKER, art. cit., págs. 208 y 209.

(55) CHRISTIAN BAY: «Politics and Pseudopolitics: A Critical Evaluation of Some Behavioral Literature», en CH. A. MCCOY y J. PLAYFORD, op. cit., pág. 19. (El artículo —raramente— había aparecido antes en *The American Political Science Review*.)

(56) C. PATEMAN, op. cit., pág. 15.

«Para evitar premisas éticas (!!!) vamos a definir al Gobierno democrático descriptivamente (!!), es decir, mediante la enumeración de ciertas características que en la práctica distinguen esta forma de gobierno de otras (!): Un Gobierno es democrático si existe en una sociedad donde predominan las siguientes condiciones: 1) Un solo partido (o coalición de partidos) es elegido por elección popular para dirigir el aparato de Gobierno. 2) Tales elecciones se celebran dentro de intervalos periódicos, la duración de los cuales no puede ser alterada por la simple voluntad del partido en el poder (o sin el concurso de los demás). 3) Todos los adultos que residen permanentemente en la sociedad de que se trata, que son mentalmente sanos y que respetan las leyes del país, tienen derecho a votar en cada una de esas elecciones. 4) Cada votante puede ejercitar un voto y sólo un voto en cada elección. 5) Cualquier partido o coalición que obtenga el apoyo de la mayoría de los votantes está legitimado para asumir los poderes de Gobierno hasta la próxima elección. 6) Los partidos perdedores en una elección nunca intentan por la fuerza u otro medio ilegal impedir al partido ganador (o partidos) el asumir su mandato. 7) El partido en el poder nunca intenta restringir las actividades políticas de ningún ciudadano o de otros partidos, en la medida en que éstos no intentan derribar al Gobierno por la fuerza; y 8) Hay dos o más partidos en competencia para controlar el aparato de Gobierno en cada elección» (57).

¿Representa la definición algo más que una buena sistematización de los rasgos predominantes (formalmente) en los sistemas democráticos de cuño occidental, entre los que los angloamericanos se encuentran? Y eso, precisamente, para evitar premisas éticas, para no incurrir en veleidades normativas, en cumplimiento del precepto de abstinencia que satisfaga los rigores del realismo (58).

El significado completo de la operación aparece si nos damos cuenta que, apellidados o sin apellidar, tras de la segunda guerra mundial (y a causa de su resultado) difícilmente se encontrará un sistema político que no se autotitule democrático. Hay democracias populares, democracias (capitalistas pluralistas), democracias sociales, democracias orgánicas. El mismo atributo se predica de situaciones mutuamente excluyentes. Convertida la adscripción democrática en un valor político ¿qué factor existe, o aún más, qué baremo objetivo existe para afirmar que algunas de esas realidades tienen legítimo

(57) A. DOWNS: *An Economic Theory of Democracy*, Harper and Row Publishers, Nueva York, 1957, págs. 23 y 24.

(58) Un caso muy similar (y tal vez más expresivo aún) aparecerá de la mano de H. MARCUSE en la segunda parte del presente ensayo.

derecho al título (lo que es una manera de negárselo a otras)? La presentación descriptiva de la democracia, su presentación operacional, da por resuelto (hur-tándolo) el problema. Describir un sistema con determinadas características y señalar luego que lo que en él se da debe constituir, por realista, la verdadera teoría democrática es tanto como asignarle un valor y convertirlo en deseable.

La reconversión de lo descriptivo en normativo a través de la operaciona-lización (es decir, el rechazo de los conceptos de los que no se puede dar cuenta en términos de operaciones o su «reformulación» adaptándolos a tal re-querimiento) trae consigo un nuevo baremo ético que viene inaugurado por la realidad existente en el momento dado. El pensamiento deja de poseer un significado crítico y antagónico ante el (ante cualquier) orden constituido. No cabe ya situarlo en el ámbito antitético desde el que exigir el perfeccionamien-to del orden social y político. «¿Qué fue de los *great issues*?» (59) es una pregunta plena de sentido. Los conceptos claves de la filosofía política des-aparecen o se «convierten» al nuevo credo con lo que nesariamente se des-dibujan, perdida su función de utillaje del menester crítico de los intelectu-ales.

B) *Los enfoques económicos en el análisis de la política*

En principio, pudiera parecer que los llamados enfoques económicos difie-ren pronunciadamente en orientación respecto a las líneas predominantes entre los behavioralistas; esto es, las líneas sociológicas. Mitchell, por ejemplo, ha dado cuenta de cómo rápidamente las cuestiones y modo de análisis de estos últimos se han puesto en tela de juicio como armazón básico para el análisis político, surgiendo en su lugar problemas nuevos planteados por una moderna generación de investigadores, cuya preparación, tipo de cuestiones que intere-san y estilo analítico difieren radicalmente del de aquéllos. Se está refiriendo Mitchell a lo que él llama «la nueva economía política» (que no es exactamente coincidente con lo que denominamos «enfoques económicos», aunque a los presentes efectos podamos considerarla como tal) y lo percibirá como una re-volución mucho más profunda que la propia behavioral (60).

(59) ARNOLD A. ROGOW: «Whatever happened to the Great Issues», en *American Political Science Review*, vol. 51, 1957.

(60) W. C. MITCHELL: «La forma de la teoría política por venir: De la Sociología política a la Economía política», en S. LIPSET: *Política y ciencias sociales*, Editorial Gua-diana, Madrid, 1971, págs. 197 y sigs. (La traducción me ha obligado con frecuencia a tomar la versión original inglesa de Oxford University Press como punto de referencia.)

Desde mi punto de vista no hay, pese a ello, solución de continuidad entre behavioralismo y «enfoques económicos». Antes al contrario, los enfoques económicos caben perfectamente en el marco del esfuerzo behavioral en tanto se adaptan y parten de sus supuestos más «fuertes». Si el behavioralismo lo entendimos como el esfuerzo de los estudiosos de la política para dar un tratamiento «científico» (esto es, de acuerdo con los supuestos cánones de las ciencias naturales) al objeto que centra su interés, en ese caso los enfoques económicos no sólo se inscriben en la perspectiva behavioral, sino que satisfacen sus fundamentos más que las iniciales versiones sociológicas.

Para verlo mejor referiremos el extremo que más separa las orientaciones sociológicas y económicas: la concepción de la teoría. Barry, por ejemplo, en uno de los primeros trabajos sobre el tema, expone en términos claros las diferencias entre las dos referidas concepciones. Según él, para los «economistas», teoría consiste en un conjunto de axiomas desde los cuales pueden ser llevadas a cabo una serie de deducciones. Si los axiomas se corresponden a los hechos serán verdad las proposiciones derivadas. Conversamente, si las proposiciones deducidas son falsas debe ocurrir algo equivocado con los axiomas. La teoría así es del tipo axiomático, económico, mecánico, matemático, en la que preside el criterio de hacerla verificable y, por tanto, susceptible de refutación. Para la versión sociológica, por el contrario, la teoría puede ser satisfactoria aun no dando lugar a proposiciones verificables. Un esquema teórico será así un conjunto de conceptos generalizados de referencia empírica, lógicamente interdependientes. En otras palabras, un esquema conceptual (61).

Tal concepción de la teoría que, a mi entender, registra los rasgos más distintivos de esta categoría (no menos vaga que la que llamamos «behavioralismo») denominada «enfoques económicos», difícilmente podrá encontrarse mejor asentada que allí donde el intento de imitar las ciencias de la naturaleza en los esfuerzos por estudiar la política se establezca. Precisamente, la formulación hipotético-deductiva, la posibilidad de explicación y predicción en nuestra materia parece un soñado paraíso behavioral, aunque sus practicantes (sociológicos) no sean lo suficientemente osados como para creer que ya se dejaron atrás los tormentos del purgatorio. Pero si el behavioralismo como elemento unificador comporta el escepticismo hacia los modos tradicionales y convencionales de estudiar la política y su simpatía hacia la sustitución de los mismos por modos «científicos» (paranaturales) de llevar a cabo esta labor, no parece muy certero hablar de escisión entre los enfoques económicos y orientación

(61) B. M. BARRY, op. cit., págs. 3 a 7. En este caso, como en otros muchos, los enfoques «sociológicos» de la política se hacen, sin más equivalentes, a la obra de T. PARSONS.

behavioral, por más que, en su momento, la línea predominante de ella ofreciera un tratamiento sociológico de los problemas.

Si se admite esta concepción, creo posible continuar probando los riesgos para la neutralidad y la objetividad que arrastra el nuevo rigor pretendido. Desmembrando la crítica diríamos que: 1) Se estudian los problemas «como si», es decir, no se pretende conocer la realidad, sino estudiar «como si fuera la realidad» una ficción que «llena» el modelo. 2) En la medida en que se parte de unos axiomas —tomándolos por buenos sin argumento más definitivo que su utilidad— el enfoque se torna reduccionista. Reduccionista en una concreta dirección como se verá. 3) Es imprescindible preguntarse de dónde proceden los axiomas que se toman como buenos. Sospecho que convirtiendo en categoría abstracta determinados rasgos concretos predominantes en el modo de producción capitalista. 4) Así, el sistema existente es algo que se trata de salvar, aunque sea por el expediente enmascarado de darlo por supuesto.

El punto de partida lo constituyen los axiomas. ¿Cuáles son éstos? Mackenzie ha indicado los tres básicos del pensamiento económico que aquí se traducen al estudio de las realidades políticas: Racionalidad, maximización e individualidad (62). Naturalmente, la intensidad con que juegan en cada una de las construcciones, así como la forma en que las nociones se precisan no será la misma. Pero, en líneas generales, se dan de manera lo suficientemente conexionadas como para no hacer violencia excesiva aceptándolos.

Y estos que acabamos de ver van a ser los que pasen al campo político mediante una operación que consiste en desligar los supuestos económicos de los bienes materiales (más exactamente, de los bienes con que se comercia en los mercados). Olson, uno de los más lúcidos expositores del enfoque, ha hecho hincapié en que las diferencias entre las ciencias sociales no consisten sólo en los temas que tratan sino en los métodos que emplean y las conclusiones a que llegan (63). De ese modo los «enfoques económicos» en ciencia política no comportan un preferente estudio de problemas económicos sino una toma de metodología económica para el estudio de la esfera política. En esta metodología la existencia de los axiomas mencionados es elemento fundamental. Su transmisión al estudio de la política constituye la piedra angular del intercambio. Pero, para eso, y aquí se completa la operación, es imprescindible la referida labor de desligar «axiomas económicos» y «metodología económica» de su concreción sobre los bienes que se comercian en el mer-

(62) W. J. M. MACKENZIE: *Politics and Social Science*, Penguin Books, Harmondsworth, 1969, pág. 121. (Hay traducción española en E. Aguilar.)

(63) MANCUR OLSON, JR.: «Las relaciones entre las ciencias económicas y las otras ciencias sociales», en S. M. LIPSET, op. cit., pág. 257.

cado. Así, el mismo Olson llegará a indicar que «la teoría económica (más exactamente microeconómica) está en un sentido fundamental más próxima de una teoría racional del comportamiento que de una teoría sobre los bienes materiales» (64).

Tenemos provisionalmente por válido que esto sea así. Veremos sus implicaciones. Un concepto provisional de racionalidad puede servirnos. Downs, por ejemplo, señala que «un hombre racional es aquel que se comporta del siguiente modo: 1) Siempre es capaz de tomar una decisión cuando se enfrenta con una serie de alternativas. 2) Ordena jerárquicamente todas las alternativas según su preferencia, de tal manera que cada una de ellas se antepone, o se considera indiferente, o se considera inferior a cualquier otra. 3) Su ordenación de preferencias es transitiva. 4) Escoge siempre entre las posibles alternativas aquella que ocupa el lugar superior en su ordenación. 5) Siempre toma la misma decisión cada vez que se enfrenta con las mismas alternativas (65). En resumidas cuentas, como el mismo Mackenzie advierte, racionalidad se hace aquí muy similar a consistencia. Naturalmente, uno estará siempre tentado de pensar que «tal supuesto resulta necesario no sólo para la economía sino para cualquier disciplina que intente construir teorías acerca de la naturaleza humana» (66).

Hasta aquí todo bien. La «toma del deseo como realidad», la reducción que el enfoque lleva consigo, sólo se pone enteramente de manifiesto cuando reparamos en que para dotar al modelo de fuerza explicativa y predictoria (su máxima aspiración) no basta con la existencia del axioma anterior (ya distante de ser cierto en todos los comportamientos de relevancia política que los individuos llevan a cabo). Se requiere, además, otro supuesto: El de la existencia (arbitraria) de una meta única en el actor que se identifica (también arbitrariamente) con el egoísmo económico (individualidad y maximización pueden verse en relación a él).

Desde luego, si las cosas fuesen de este modo, la calidad científica del modelo sería susceptible de escasos reparos. Pero, al tratarse más bien de un deseo de que sucediesen así, la pregunta fundamental es ésta: ¿Constituye tal deseo confirmación bastante del ajuste entre la realidad y el modelo?

Posiblemente no. O no siempre. O sólo parcialmente. Y es entonces cuando se ponen en juego dos suertes de argumentaciones. O las confesiones de humildad. O las redefiniciones, ampliaciones, reconversiones o matizaciones de los supuestos hasta dejarlos reducidos a la nada o a una caricatura de sí mismos.

(64) M. OLSON, Jr., art. cit., pág. 260.

(65) A. DOWNS, op. cit., pág. 6.

(66) W. J. M. MACKENZIE, op. cit., pág. 121.

De la primera posición representa Downs un buen ejemplo al señalar que su supuesto de que las decisiones son tomadas por mentes racionales «representa una simplificación necesaria para la predicción del comportamiento porque decisiones tomadas al azar o sin relaciones entre ellas no caen en el interior de pauta alguna» (67). La segunda puede estar bien representada por Harsanyi cuando por exigencias del «realismo» se ve obligado a efectuar un análisis adecuado del comportamiento irracional (en sus términos), dando cabida a lo que llama comportamiento «simbólico o expresivo» que retrata el caso de personas obtendedoras de una alta satisfacción psicológica en la ejecución de acciones determinadas. Su comportamiento —irracional según los supuestos del modelo— difícilmente podría ser tachado de inconsistencia (68).

Con lo que se evidencia algún factor de nuestro interés. Primero, la incapacidad que los modelos basados en los axiomas descritos tienen para «manejar» los (abundantes) comportamientos que escapan a ellos. Segundo, que la racionalidad establecida como básica tampoco es un concepto inocuo. Racionalidad, comportamiento racional (como antes ocurriera con «democracia» o «ciencia») son atributos aquí y ahora positivos. Atribuírseles a un comportamiento es, al tiempo, negárselo a otros. Y lo que el modelo hace es atribuirle la positiva cotización a un tipo de racionalidad (la de carácter económico que se acompaña para tener efectividad del egoísmo motivacional en forma inseparable) sin dar argumento decisivo para negarle el valor a otras formas de racionalidad, dando por supuesta su inexistencia.

Los axiomas que nos aparecieron como «reducciones» de la realidad soportan la creencia de que ésta no puede ser entendida a su través. Parece difícil aceptar como válidas las explicaciones y predicciones efectuadas sobre una ficción. Y, si la explicación de la realidad y la predicción de acontecimientos futuros no resulta posible, ¿merece la pena llevar a cabo una serie de limitaciones que con ellas se justifican? ¿O es que las cosas no son tan simples?

A mi entender, no. Y no porque —provisionalmente— la separación entre los supuestos reseñados y la realidad no es tan excesiva como pudiera pensarse. Quiero decir que los axiomas «generales» de los que se parte y la visión de la naturaleza humana que comportan (aunque se pueda argüir, ingenuamente creo, que no incorporan ninguna específica) son menos «abstractos» de lo que en principio se podría pensar. Relatan muy en concreto rasgos predominantes de un modo de producción determinado, más exactamente de la «figura humana tipo» de la clase dominante en él. Modo de producción capitalista, clase

(67) A. DOWNS, *op. cit.*, pág. 4.

(68) J. C. HARSANYI: «Rational Choice Models of Political Behavior Vs. Functionalist and Conformist Theories», en *World Politics*, vol. XXI (1968-1969), págs. 513-538.

burguesa, parecen íntimamente ligados a esos axiomas de racionalidad, maximización, individualidad, con el consiguiente supuesto motivacional del egoísmo económico. No olvidemos que se trata de traducir la metodología económica. Y como sabrosamente advierte el mismo Olson «la mayoría de (los grandes economistas fundadores de los siglos XVIII y XIX) apoyaron a las clases medias ascendentes y los intereses mercantiles e industriales. Corrientemente fueron utilitaristas, demócratas, internacionalistas y apasionados defensores del *laissez faire*» (69).

Así las cosas, por parcialmente que sea, los enfoques económicos tienen efectiva capacidad explicativa y predictoria. Claro que la parcialidad es significativa. La condición *sine qua non* de la manejabilidad por el modelo de un comportamiento dado radica en su ajuste a los axiomas propuestos. O dicho de otro modo, sólo son manejables aquellos comportamientos que se basan sobre y tienden a la perpetuación del sistema existente en las sociedades capitalistas. Los valores que el modelo segrega parecen claros. El rango de servicios prácticos que desde él pueden prestarse no lo es menos.

Si se me permite trivializar a nivel casi anecdótico usaré un ejemplo de este trasvase hacia la política de los conceptos económicos. Olson, por ejemplo, ha estimado que existe una idea básica de aplicación importante y digna de ser «traducida»: la optimalidad de Pareto «que se define como una situación tal en que a ningún individuo del grupo en disputa se le puede hacer mejorar sin que a algún otro se le haga empeorar, idea que normalmente se emplea para describir las asignaciones de recursos que sean eficientes e ideales, en el sentido de que satisfagan los deseos individuales hasta el máximo grado posible, dado los recursos disponibles, el estado de la tecnología y la distribución de los ingresos» (70). Ya tenemos aquí el «paraíso político perdido» de nuevo reconquistado, aunque no me quedo con las ganas de añadir que tal vez se trate de un «paraíso artificial». La misma inclusión de «optimalidad» delata cómo se valora el logro. Pero, distanciándonos mínimamente del singular hallazgo, ¿es posible negar el agudo ejercicio de hábil defensa del *statu quo* que el concepto implica? Que nadie pueda mejorar sin que otro empeore ¿resulta algo distinto de la armónica imagen de la sociedad que ocupa «a los de arriba»? Porque, naturalmente, tan feliz invento se hace a partir de lo establecido y tomándolo en sus líneas básicas por inmutable. No es necesario extenderse en lo que el uso político del concepto llevaría consigo.

Habíamos intentado anteriormente delinear en términos muy generales el significado del behavioralismo (o los desarrollos subsecuentes a su esfuer-

(69) M. OLSON, Jr., art. cit., pág. 258.

(70) Ibidem, pág. 262.

zo por hacer «científico» el estudio de la política} prestando particular atención a nuestro objeto básico: los temas de objetividad y neutralidad en él y la solución (sin que solución signifique «solución adecuada») que tal movimiento les otorga. A través de una serie de datos, sean las labores prácticas de sus adscritos, sean los temas que predominantemente les ocupan, sean las responsabilidades «extracientíficas» (?) en las que intervienen, sean finalmente algunas de las más importantes teorías que desde su plataforma se han puesto en circulación (todo lo cual, según creí probar, implica la propia metodología), fue posible notar sus repercusiones relativamente conservadoras, explícitas o larvadas, que, en consecuencia, casan mal con los postulados de una total pureza (o, cuando menos, recobrada castidad) en materia de valoraciones y parcialidades.

Pero dejar aquí las cosas, en una descripción más o menos elemental, restaría notable sustancia al tema. Creo conveniente insistir en algunos de los fenómenos ya consignados adoptando una nueva óptica. Se tratará, en concreto, de: 1) Enlazar el movimiento behavioral (y, particularmente, los temas de objetividad y neutralidad en él) con las circunstancias sociales de su nacimiento que es el punto donde cobran pleno sentido sus características. 2) En referencia a ello, establecer lo que comporta la situación del behavioralismo en cuanto paradigma científico socialmente dominante. 3) Proceder, por inicialmente que sea, al estudio de las corrientes que en el ámbito de la ciencia política (presuntamente) se le oponen tratando de examinar la forma en que, no sólo como pretensión sino también de hecho, acaban funcionando. Nos facilitará todo ello el acceso al último tema anunciado que es el que habrá de servirnos para concluir: las repercusiones sociales del conocimiento y la urgente insistencia en su consideración como problema básico, única forma de que el investigador extienda hasta ese ámbito sus mecanismos de control.

V

EL POSITIVISMO BEHAVIORAL EN SU MARCO SOCIAL: LOS TÉRMINOS DEL ACUERDO

Mannheim (71) nos ofrece un buen punto de partida. Contamos desde él como aportación de importancia la influencia («determinación» en sus términos) que la posición social que se ocupa (y el tiempo en que se vive) ejercen

(71) Me refiero, sobre todo, a *Ideology and Utopia*. Usé la reimpresión (paperback) de 1972 en Routledge and Kegan Paul, Ltd.

sobre el pensamiento político que se sustenta. Los problemas que el postulado nos plantea son muy amplios y estamos distantes de poseer la solución. Quien lo dude, piense si no en el siguiente argumento (digno por lo demás de un diálogo carrolliano entre Aquiles y la tortuga): La afirmación de que el pensamiento político está determinado por la situación social que se ocupa, está a su vez determinada por la posición social que se ocupa..., etc. En tal sentido, aunque sea hurtando lateralmente determinadas precisiones y compromisos conceptuales prefiero entender en términos voluntariamente vagos el indicio manheniano aceptando, de momento, que las circunstancias históricas y sociales influyen de algún modo el pensamiento político de un momento dado. Verdad que roza a Perogullo y que, sin alejarnos excesivamente de él, podría desenvolverse en esta doble dirección: 1) No cabe estudiar el pensamiento político sino es en relación a la concreta organización social en la que surge y se desarrolla. 2) La «determinación» de que Mannheim habla puede plantear menos problemas si por ella se entiende que una concreta organización social determina el concreto pensamiento (paradigma) que dentro de ella es (considerado como) dominante.

Lo que se pretende, pues, es conexionar el behavioralismo con su «contexto de aparición» esto es, el complejo histórico o histórico-científico que revela las filtraciones entre el objeto de la disciplina, lo político y la ciencia política misma, integrando el polo de referencia exterior (previo y epistemológico) de la ciencia frente a la sociedad. «O, dicho de otra manera, de lo que se trata aquí es de precisar el proceso histórico de desenvolvimiento de la disciplina en el contexto del desarrollo social global, la constitución de la teoría en el desarrollo de su entorno histórico, aunando las perspectivas de la historia de la ciencia y la historia social» (72).

Parece notorio que el behavioralismo en sus orígenes se liga —en distinto plano— a dos fundamentos. Socialmente al tipo de organización imperante en los Estados Unidos de América (y quizá a las democracias pluralistas occidentales que caen bajo su órbita de la influencia); históricamente a las circunstancias que siguen (como su consecuencia) al término de la segunda guerra mundial. Del primer hecho cabe tener pocas dudas. En términos claros, «números cantan». G. Almond en la comunicación presidencial a la Asociación Americana de Ciencia Política (1966) resultaba explícito: «El crecimiento de la profesión de científico de la política es primariamente un fenómeno americano. Inglaterra tiene unos pocos centenares de miembros en su asociación

(72) JAIME NICOLÁS MUÑIZ: «Notas sobre el problema de la relación entre teoría y praxis en el marco de la ciencia política», en *Politeia*, 3, 1974, págs. 277-297.

de estudios políticos; Japón tiene otros pocos. Algunos más hay en el continente europeo y en Asia, Africa e Iberoamérica. Pero nueve de cada diez científicos de la política en el mundo de hoy son americanos y, probablemente, dos de cada tres de los que en cualquier momento hayan existido, están vivos y practicando en la actualidad» (73). Lo que en ocasión parecida había sido previamente advertido por D. B. Truman al señalar, aunque sólo fuera en atención al número de los implicados, que «los problemas de la ciencia política son (...) principalmente problemas de la ciencia política americana» (74).

Respecto al segundo punto, adecuadamente situado, tampoco existe materia excesiva para la discusión. No porque se carezca en momentos anteriores de precedentes claros del behavioralismo o de intentos en sentido similar (75), sino porque a la hora de ligar «realidad social-pensamiento político» nos interesa el momento en que el behavioralismo se constituye como pensamiento dominante, lo que era revolución y antítesis del pensamiento establecido pasa a ser *establishment*, «quienes hablaban en alta voz, estridente y a veces ruda, sobre la calamitosa necesidad del método científico en la investigación política han llegado a sentir que, por fin, consiguieron los ornatos de la legitimidad» (76).

Conocer las causas originadoras de la conversión del behavioralismo en la forma dominante de pensamiento político excede, con mucho, mis posibilidades. En parte porque se trata de un fenómeno que se produce de forma paulatina. Aún hoy, cuando ya se recaba su desplazamiento, son muchos quienes interpretan que la «revolución behavioral» es una revolución no definitivamente concluida (77). En parte también porque, como siempre ocurre, no se

(73) G. ALMOND: «Political Theory and Political Science», en ITHIEL DE SOLA POOL: *Contemporary Political Science. Toward Empirical Theory*, McGraw-Hill Book Company, Nueva York, 1967. (La aportación de ALMOND constituye la intervención presidencial en la convención de 1966 de la American Political Science Association.)

(74) D. B. TRUMAN: «Desillusion and Regeneration: The Quest for a Discipline», en *American Political Science Review*, vol. 59, diciembre 1965, pág. 865.

(75) Recuérdese la referencia anteriormente hecha a MERRIAN y la escuela de Chicago. Otros ejemplos pueden localizarse —aunque con valor parcial— en lo que ha dado en llamarse «etapa realista».

(76) D. EASTON: «The Current Meaning of Behavioralism», en J. C. CHARLES WORTH: *Contemporary Political Analysis*, The Free Press (The MacMillan Company), Nueva York, 1967, pág. 11.

(77) Las opiniones a este respecto están divididas. Mientras, por ejemplo, ROBERT A. DAHL puede dedicar un epitafio al movimiento en concepto de haber cumplido ya su misión, D. B. TRUMAN o D. EASTON, entre otros, expresan muy serias dudas sobre que «la revolución behavioral sea una revolución definitivamente completada». Probablemente se trata de la observación de la cuestión desde planos diversos. Si lo que

tratará de un factor único sino de una multiplicidad de factores tanto de orden intelectual como social funcionando interdependientemente. No sería demasiado difícil así invocar la presencia de dos guerras mundiales con su insalvable secuela de «mitos destruidos» y «recelos generados». Tras la positiva consideración de la apatía ciudadana, propia de la teoría democrática behavioral, ¿no se radica el miedo a los excesos de la movilización política experimentada por los sistemas totalitarios (políticamente hablando) que resultaron perdedores? Tras el «apego realista» que clama el enfoque ¿no hay un rechazo del idealismo que la reciente y desgraciada experiencia habría de colocar sobre la cuerda floja? La insistencia en nuevos problemas (por ejemplo, sistemas políticos no occidentales) y las nuevas necesidades «instrumentales» que llevan consigo, ¿no es el resultado de la destrucción de esa confortable creencia en un sentido lineal de la historia que acababa finalmente en la democracia (entendida en términos occidentales) y que ahora se prueba definitivamente falsa operando, por otra parte, en una nueva escena internacional que de algún modo afecta al funcionamiento de todas las sociedades? Las mismas preferencias behaviorales —en materia valorativa— ¿habrían de resultar ajenas al típico fenómeno de integración intragrupal que el conflicto intergrupual genera? ¿Cómo sustraerse a la influencia del mismo fenómeno cuando la guerra fría cobra todo su rigor?

Por otra parte y, mientras, a causa de esos fenómenos, gran parte de las creencias, más queridas a los estudiosos de la política padecen una insalvable quiebra, otros valores, por ejemplo la ciencia (natural), crecen en prestigio y consideración social con una confianza ilimitada en sus posibilidades. ¿Podría considerarse extraño el desarrollo del behavioralismo a esta positiva valoración social de la ciencia (y a las ventajas que reporta)? ¿Su intento de aproximarse —no sólo en el uso del método científico sino también, por ejemplo, en la búsqueda de una unidad común de análisis— a otras ciencias sociales más desarrolladas (más próximas al modelo natural) no es otra cara de la misma moneda?

Cité estos factores a título meramente indiciario. Creo que todos ellos intervienen en el proceso aunque no sean ellos todos los que intervengan. Probablemente muchos de los fundamentales hayan quedado fuera de este elemental catálogo. Pero a los efectos de la argumentación que sigue los estimo suficientes.

En el desarrollo de la misma he de partir de la mención a uno de nues-

quiere indicarse es su conversión en «*establishment* científico» pocas dudas caben en torno a su conclusión. Si, por el contrario, se refieren a sus «potencialidades», convenir en que el *behavioralismo* no ha completado su misión es algo resueltamente obvio.

tros más funestos hábitos intelectuales. La «autoimagen estéticamente deformada de nuestra presencia en el mundo» (78). El supuesto del científico social en su cueva de eremita sólo tentado por los imperiosos atractivos de la honestidad y la verdad aparte de reflejar un narcisismo a prueba de bombas (esto es, a prueba de argumentos) que puede ahogarnos cualquier día entre las aguas del Eunoë, comporta una falta de penetración en nuestras reflexiones, como mínimo negadora de la complaciente estampa precedente.

Así, pues, a lo extremoso del refinado prejuicio, lo extremoso de la humilde propuesta que se le contrapone: Quien interese un conocimiento no mitificado de la presencia del científico social en su mundo debe partir de establecer previamente sus correlaciones con el potaje.

Rolf Klima lo ha expresado con bastante más finura de la que yo fui capaz, estudiando con habilidad notable esta dimensión olvidada y decisiva. Pudo así señalar tres relaciones de *roles* que resultan inherentes a la posición del científico: 1) Las relaciones que guarda con los demás que pertenecen a su misma disciplina. 2) Las relaciones con los grupos de «público» para quienes la ciencia social tiene importancia ideológicamente. 3) Las relaciones con los grupos que quieren utilizar la información científico-social como instrumento tecnológico práctico (79). Todos ellos —y el Estado en las sociedades actuales constituye, a no dudarlo, un fundamental ingrediente— configuran el «público potencial» de nuestro quehacer científico. Público no sólo en un sentido pasivo como receptor de nuestros trabajos, sino también en el sentido activo de elemento capaz de colocarnos en la situación desde la que nos sea posible llevarlos a efecto. Por eso, afirmar que «el público dispone de una serie de posibilidades importantes de control informal y formal sobre el trabajo de la

(78) Al hablar de la «autoimagen estéticamente deformada de nuestra presencia en el mundo» me refiero a las grandilocuentes respuestas en curso a preguntas tales como: ¿Por qué soy un científico social?, ¿Para qué he emprendido esta concreta investigación o publicación?, ¿Qué finalidades pretendo obtener con mi trabajo científico?, etcétera. Lo usual es referir temas tales como «la vocación», «la responsabilidad», «la importancia de tal o cual concreto problema», «ser la conciencia crítica de la sociedad», «mudar el orden existente», etc. Rara vez se apuntan elementos mucho menos gráciles (y mucho más sólidos) como «el contacto con un determinado profesor al concluir la licenciatura», «la situación del mercado de trabajo», «la oportunidad de publicar en tal número extraordinario dedicado a Locke», «el importante influjo cara a las oposiciones de cátedra de haber dado a la luz el mayor número de trabajos», etc. Aunque lo que se relata tiene un matiz «muy a la española» puede adaptarse con facilidad a la ciencia social en cualquier otra parte del Globo.

(79) ROLF KLIMA: «Sobre algunas contradicciones en el set de roles de los sociólogos», en B. SCHAFERS: *Crítica de la Sociología*, Monte Avila Editores, Caracas, 1969, páginas 93-106.

actividad creadora» (80) es, cuando menos, obvio. Marginal la cuestión, por el contrario, no pasa de ser un canto a la ignorancia.

Habida cuenta de ello no me parece descalabrado afirmar el siguiente curso para la conversión del behavioralismo en la forma predominante de pensamiento político: Las causas señaladas (y las otras muchas que de hecho aportaran su influencia) determinan un cambio en nuestros hábitos de pensamiento. Esas nuevas tendencias resultan bien acogidas por los sectores dominantes del «público» (precisamente porque se trata del pensamiento político que es propio a la estructura en que ocupan la posición de dominio). La buena acogida inicial (sobre todo si se considera en términos comparativos con otros modos de pensamiento) (81) fortalece —al menos en parte por la citada correlación grosera— la posición inicial con nuevos adherentes. En tal secuencia la tendencia inicial va ocupando más y más el espacio «público» disponible hasta la marginación o la eliminación, ahora «*more científico*» (pero con sustratos sociales marcados) de quienes no son capaces de concebir el trabajo del estudioso político en esos dominantes términos.

Ocurre, pues, que el establecimiento de un tipo de pensamiento como dominante implica tanto la aceptación y promoción del mismo por parte del sistema constituido (ojo, en cualquier tipo de sistema constituido) cuanto su adaptabilidad a los intereses esenciales de ese sistema resultándole funcional o, cuando menos, no tan disfuncional como otras posibles formas alternativas donde no todas son excluibles. Pero es que hay algo más, y me parece sustantivo. En la medida en que un modo de pensamiento es constituido como dominante en una forma de organización social dada, no parece desacertado suponer que «retrata» sus rasgos fundamentales. Esto es, de un lado, servicio (implícito o explícito, querido o no) a los intereses dominantes de este tipo de organización social y, a su vez, reflejo de la misma, que es lo que marca los términos del acuerdo y le hace servir a los mencionados intereses. No otra cosa intentaba señalar cuando advertí que, a mi entender, «el behavioralismo político expresa el tipo de pensamiento político propio (del bloque dominante) de la organización capitalista avanzada».

(80) *Ibidem*, pág. 95.

(81) Me refiero a otros modos de pensamiento político. Entre la gama de los posibles —dando por supuesto la necesidad de algún tipo de reflexión política— es éste el que mejor se ajusta a las necesidades e intereses de la sociedad en que el behavioralismo se desarrolla. Se desenvolverá el argumento más adelante.

VI

EL POSITIVISMO BEHAVIORAL COMO PARADIGMA CIENTÍFICO
SOCIALMENTE DOMINANTE

Aunque con ciertas salvedades lo usual es negar que la ciencia política se encuentre en un estadio paradigmático. Afirma «la ausencia en su seno de paradigmas cumulativos auténticamente desarrollados» (82), resulta una respetable moneda de uso muy común. Incluso a no pocos les parecerá confortante vernos libres de la poco grata imagen de la ciencia que la visión paradigmática proyecta (83). Por una vez, nuestra mediocridad respecto a las ciencias de la naturaleza acabaría reportándonos un cierto beneficio.

Sin embargo, quizá contraviniendo el «paradigma» de que «la ciencia política carece de paradigma» procedí en este ensayo dando por válida su existencia en nuestro ámbito.

Lo que parece juego de palabras de humor más que dudoso no es tal o, al menos, resulta de legítimo empleo. Para no quedarnos perdidos en la paradoja verbal bastará recordar que miss Margaret Masterman, con cuyo trabajo parece T. S. Kuhn particularmente bien querenciado, pudo localizar en *La estructura de las revoluciones científicas* hasta veintiún usos distintos del concepto. Es posible incluso que haya más; aunque, desde luego, no menos. De acuerdo con la referencia indicada un paradigma en las propias palabras de su progenitor es cosa tan varia como «un conjunto de creencias», «una especulación metafísica con éxito», «un principio organizador que gobierna la percepción», «un logro científico universalmente reconocido», por sólo citar aquí aquellos usos que nos cogen especialmente próximos (84).

La oscuridad de Kuhn (85) no parece desacreditarse demasiado con las observaciones que menciono. Entiendo, pese a ello, que gran parte de la discusión sobre la «equivoca naturaleza» de los paradigmas es el producto de un análisis excesivamente formal que tiende a enredarse sobre sí mismo y a

(82) NICOLÁS MUÑIZ, art. cit., pág. 277.

(83) En alguna medida es esto anticipar acontecimientos. Respecto a la visión poco grata de la comunidad científica dominada por un paradigma. A. RYAN: «Normal Science or Political Ideology?», en P. LASLETT, W. G. RUNCIMAN y Q. SKINNER: *Philosophy, Politics and Society*, Fourth Series, Basil Blackwell, Oxford, 1972, págs. 86-100.

(84) M. MASTERMAN: «The Nature of a Paradigm», en I. LAKATOS y A. MUSGRAVE: *Criticism and the Growth of Knowledge*, Cambridge University Press, 1972, páginas 59-89. (Ha aparecido recientemente edición española en Editorial Grijalbo.)

(85) A este respecto, M. MASTERMAN, art. cit., pág. 59.

multiplicar el problema con cada pretendida solución que se le ofrece. Acaso una inexplorada y despreciada vía sea, con todo, la que nos proporcione aportaciones sustanciales y trataré de ir precisamente a ella.

Pese al usual rechazo que por lo común efectuamos de un posible estadio paradigmático de nuestra disciplina (y, en general, de las ciencias sociales) y pese a, por ejemplo, el despectivo menosprecio con que Popper —en una de sus pocas afirmaciones que no me tientan con alguna clase de atractivo— confronta la posibilidad de acudir a las ciencias sociales para buscar explicaciones del debatido concepto (86) me parece posible probar no sólo la existencia de «paradigmas» en nuestro campo sino la adecuación particular en él de su uso interpretativo. Por otra parte, no es esto sino una manera de afirmar que las ciencias sociales pueden colaborar decididamente al esclarecimiento de la «buscada naturaleza», tanto poniendo en juego su propio instrumental para encarar el problema como siendo sujetos pacientes de la reflexión sobre cómo juega el paradigma en el ámbito de una ciencia determinada, o, más frecuentemente, en uno y otro caso. No creo, por lo demás, que sea obstáculo insalvable para proceder de este modo el hecho de que el propio Kuhn haya considerado nítidamente a las ciencias sociales en una situación pre-paradigmática, caracterizadas siempre —salvo quizá en la Edad Media— por las continuas declaraciones y contradecaraciones sobre sus propios fundamentos (87).

Acudiré como punto de partida —siguiendo en gran medida un excelente trabajo de A. Ryan— a la confrontación entre las dos visiones de la ciencia y, sobre todo, de la comunidad científica, que se derivan de las respectivas construcciones de Popper y Kuhn. J. Watkins había advertido ya, mucho antes de la publicación de *Crítica y desarrollo del conocimiento*, la utilidad de este ejercicio (88), enteramente obvio cuando la construcción de Kuhn opera en el mundo de la ciencia contra la ortodoxia popperiana dominante (89). Si marginamos momentáneamente la preocupación en descifrar lo que sea descriptivo y lo que sea normativo en cada uno de ellos (90) parece claro

(86) Véase K. POPPER: «Normal Science and its Dangers», en I. LAKATOS y A. MUSGRAVE, op. cit., págs. 57 y 58.

(87) T. S. KUHN: «Logic of Discovery or Psychology of Research?», en I. LAKATOS y A. MUSGRAVE, op. cit., pág. 6.

(88) Véase el extremo en J. WATKINS: «Against Normal Science», en I. LAKATOS y A. MUSGRAVE, op. cit., pág. 26.

(89) A. RYAN, art. cit., pág. 89.

(90) En líneas generales podría pensarse que la postura de POPPER es más descriptiva y la de KUHN en mayor medida descriptiva. El ejercicio a este respecto no me parece especialmente útil porque probablemente (es casi inevitable) uno y otro factor aparecen incorporados en ambas concepciones.

que es mucho lo que se decide en el caso de que la ciencia funcione de una u otra forma entre las dos que van a consignarse.

Porque, para Popper, la imagen de la ciencia es (debería ser) esencialmente la de una «sociedad abierta». Se trata de una apacible comunidad de colegas no autoritarios, tolerantes, enérgicos, mentalmente abiertos y estimulantes, donde, para que una teoría científica se considere como tal, debe ser verificable de manera que mediante el imparable ejercicio de la crítica pueda ser refutada dando lugar al progreso de conocimiento, ajeno a cualquier dogmática impuesta de manera no objetiva (91).

Tan idílica visión no puede sino encontrarse en abierto enfrentamiento con la, para muchos, «solanesca pintura» de la comunidad científica derivable de *La estructura de las revoluciones científicas*. Ryan ha señalado que la condición normalizada de la ciencia, en términos de Kuhn, implica la aceptación por los científicos de un «paradigma» cuya función es tanto definir el alcance de la ciencia en cuestión como definir lo que cuenta como *puzzle* para el científico y establecer los *standars* para la solución de esos *puzzles*. Se trataría de algo así como la «idea Kantiana de Razón, proporcionando un marco de supuestos acerca de la naturaleza de los problemas y acerca de las teorías de nivel bajo que podemos proponer para explicar los fenómenos, pero que en sí mismas no son empíricamente testables» (92). La conclusión de ello aparecerá de inmediato porque «la visión del mundo que el paradigma incorpora se refuerza con una severidad positivamente totalitaria. Un hombre que no practica la ciencia de la manera apropiada, simplemente no contará en absoluto como científico. En una frase gráfica, "será excluido de la profesión". Y en el siglo XX es un asunto duramente sancionado porque significa que no alcanzará ayudas, no dispondrá de colaboradores y se le hará imposible ver sus ideas publicadas» (93). Contemplada de este modo, la ciencia no es ajena al conflicto político sino una forma de él o, en todo caso, una manera de eliminarlo por la vía de la adoctrinación masiva, cuando ello sea posible (94).

Al científico natural estas observaciones quizá puedan parecerle peregrinas. No gasta generalmente reflexiones de este tipo. Pero, por más que nuestro «admirado *alter ego*» actúe como si así fuera (lo que probablemente acredita una alienación e irresponsabilidad que deberíamos también contabilizar antes de autocotizarnos inequívocamente en baja) parece de nuevo una simpleza imaginar al científico en la mentada cueva de eremita. Que la ciencia

(91) A. RYAN, art. cit., pág. 88.

(92) Ibidem, pág. 90.

(93) Ibidem, pág. 90. Más adelante se discute con detenimiento el argumento.

(94) Ibidem, pág. 89.

—también la natural —tiene su público parece definicional. Si no, sencillamente no tendría existencia.

La importancia de la correlación entre ciencia y potaje antes, es la importancia de la correlación entre paradigma y potaje ahora. Donde potaje es prestigio, recursos, dinero. Si recordamos que una función básica del paradigma es excluir el gasto de energía en la discusión sobre propósitos competitivos a la hora de concebir la actividad científica no hay por qué suponer que el «marco» que el paradigma constituye trate sólo de delimitar el alcance de los problemas y el tipo de teorías que deben utilizarse para la explicación de los fenómenos, ignorando cosas tales como los objetos que preferentemente deben ocupar la atención o el tipo de finalidades prácticas que el científico pretende alcanzar y que, como vimos, condicionan su propia opción metodológica. De hecho, puesto que siempre están presentes, no considerarlas es una manera de ignorar datos fundamentales sobre la naturaleza de un paradigma y la forma en que éste llega a establecerse.

Tanto Kuhn como Popper pienso que yerran al no dar cabida a las relaciones entre «ciencia» y «público» cuando de estudiar el paradigma se trata. El primero ocasionalmente acierta a ver los ingredientes «sociológicos» de la cuestión pero sin llegar a su fondo. Si no me equivoco, se limita a contemplarla en términos de un «acuerdo mayoritario entre los científicos» a un determinado respecto pero sin examinar las raíces de ese acuerdo.

Esta observación ha de sonar muy ruda al orbe popperiano. Porque en él se confiere a la lógica de la investigación la decisión final sobre la validez de una aportación teórica. En Popper es probablemente esto antes que nada la expresión de un deseo. Ahora bien, usando en su contra el efecto *boomerang*, si la evidencia fáctica acredita lo contrario ¿qué hacer? Claro que lo que la evidencia fáctica acredite es frecuentemente el resultado del paradigma a que uno se adhiera. Ya vimos lo que ocurre con los marcos conceptuales y la «improblematicidad» de los hechos.

Popper se ha enfrentado agriamente en una entusiasta defensa de la racionalidad a lo que llama el «mito del marco» y su corolario de incomunicación entre los que son rivales (95). Pero ocurre que su argumentación se produce ya desde el interior de un marco dado. En efecto, considerar que el criterio científico de demarcación proviene de la verificabilidad de una teoría determinada ¿cómo puede, a su vez, verificarse? Pensar que del ámbito de la ciencia se excluyen cosas tales como la preocupación por los intereses que (implícita o explícitamente) se sirven, o las relaciones de tal actividad con su

(95) K. POPPER, art. cit., págs. 56 y sigs.

público o las repercusiones prácticas del conocimiento, ¿en virtud de qué verificación se establece?

Quería con ello ver cómo la visión popperiana sólo es posible cuando ya se opera dentro de un concreto paradigma. Si mi teoría es algo así como «a mayor nivel de desarrollo económico se corresponde una mayor estabilidad política» no hay inconveniente alguno para que la lógica de la investigación me fuerce a retirarle validez por el hecho de una serie de logros fácticos que la contravienen. Ahora bien, para que este paso sea posible es preciso que haya un acuerdo sobre qué es desarrollo político, qué es estabilidad (o, en su caso, sus conceptos «operacionalizados») que la evidencia fáctica se «interprete» realmente contraviniendo la teoría, que estemos incluso de acuerdo sobre que era precisamente ese y no otro el tema que debía ser estudiado..., etcétera.

Me parece, pues, oportuno sugerir —a manera de hipótesis, como todo este trabajo— que en el seno de un paradigma que llamaré básico —la forma en que la ciencia, sus instrumentos, sus criterios, su papel y sus responsabilidades se conciben en un momento dado como predominantes— es posible la visión impersonal, tolerante y antiautoritaria que Popper concibe y requiere. Pero a la hora del establecimiento de estos «paradigmas básicos» no hay tolerancia sino conflicto, conflicto político en nuestro caso.

Algo de la indefinición inicial del paradigma parece haberse salvado. La pregunta obvia que sigue se refiere a las causas de su establecimiento. A este respecto sólo me atrevo a responder en lo que a la ciencia social se refiere (lo que tal vez pueda ser en alguna medida indiciario para las ciencias naturales). Porque, según creo, las causas de que en ciencia política un paradigma se establezca como dominante exceden en algún sentido al ámbito de la ciencia. Es la propia organización social en que se produce quien las marca en definitiva. Cambios en las realidades sociales y políticas —lo vimos en relación al behavioralismo— originan cambios en el pensamiento. La aceptación por la organización social dada de los nuevos modos que considera como propios (esto es, reflejándola y sirviéndola) determinan un nuevo crecimiento de adherentes que se refuerzan, reforzando el punto de partida. El «acuerdo mayoritario entre los miembros de la comunidad» surge así estableciendo el «paradigma sociológico» de la construcción kuhniana. Nos reaparece, pues, de forma decisiva, el control formal e informal que el público ejerce sobre la actividad creadora. Cuando Paul Feyerabend indicaba que según los términos de Kuhn se podía sustituir «ciencia normalizada» por «crimen organizado» (dado que los dos son en cierto sentido *puzzle-solving*) para introducir después el fallo de Kuhn al no discutir la finalidad de la ciencia con su parejo descubrimiento de las finalidades del crimen organizado («cada malhechor co-

noce que aparte del éxito en sus asuntos y la popularidad entre sus camaradas lo que quiere es una cosa: dinero») (96) estaba abriendo con su comparación perspectivas de un acierto insospechado. Manténgase popularidad y éxito, entiéndase «dinero» en un sentido amplio que implique también recursos para nuevas investigaciones. Decididamente el humor es un excelente consejero.

He hablado, en todo caso, de paradigma dominante, nunca de paradigma único. Ello porque, según concibo, el condicionamiento de la realidad social que en ciencias sociales determina el paradigma y la actividad del científico ni es unilineal ni es absoluto. Eso de paso nos saca de las perplejidades de Watkins preguntándose cómo es posible tal severidad en los paradigmas cuando permiten periodos de «ciencia en situación extraordinaria» que darán al traste con los cánones hasta el momento establecidos o cómo puede aparecer un nuevo paradigma de la noche a la mañana (97). Ignoro cómo serán las cosas en las ciencias de la naturaleza pero en las sociales —de ahí mi convencimiento de la utilidad de utilizar el concepto— parecen relativamente claras.

El «público» que decide los cánones dominantes en una operación paulatina nunca es un público unánime. En el interior de cualquier comunidad social se encuentran grupos distintos con intereses encontrados a los que corresponde una forma de pensamiento propio, tanto en el sentido de servir a sus intereses como el de reflejar sus rasgos fundamentales. Así las cosas, los grupos en cada momento dominantes y el concreto estadio en que se encuentre su dominio —esto es, el momento concreto de su relación con los otros grupos— favorece y requiere una determinada forma de pensamiento político que va a ser la «paradigmática» (en el seno de esa sociedad y en ese momento de su desarrollo). Consecuentemente, cada paradigma dominante se ve rodeado por otros «paradigmas potenciales» que tratan de alcanzar la situación de dominio. De este modo el condicionamiento de la realidad social al pensamiento político ni es unilineal ni absoluta. Porque aunque un paradigma potencial no pueda desplazar al dominante de manera directa (en tanto no es la lógica sólo quien lo establece, aparte las dificultades de comunicación de estos dos «idiomas» diferentes) sí puede contribuir a una modificación de las situaciones respectivas de los grupos y sus relaciones en esa organización social dada (combate en el que la forma de pensamiento dominante puede ser uno de los destinatarios que traería como corolario el desplazamiento) aunque no la total

(96) P. FEYERABEND: «Consolation for the Specialist», en I. LAKATOS y A. MUSGRAVE, *op. cit.*, pág. 201.

(97) J. WATKINS, *art. cit.*, págs. 31 y sigs.

desaparición del antiguo «paradigma» y su sustitución por el que previamente se encontraba en situación «potencial» solamente.

Así, pues, el positivismo behavioral se encuentra en esa situación de paradigma básico socialmente dominante no sólo en relación a un determinado tipo de organización social (la sociedad capitalista organizada en democracia pluralista) sino en relación a un momento concreto de su desarrollo (el propio de una organización industrial avanzada). Eso significa —y ya lo probamos— que toda su concepción del estudio de la política, problemas que deben tratarse, forma en que debe instrumentarse su tratamiento, finalidades prácticas a cumplir, etc., sirven a ese tipo de organización (a los grupos dominantes de la misma) en su específico momento de desarrollo, recibiendo los beneficios de su aceptación y «retratando» sus caracteres más significativos.

Innecesario es insistir ahora —porque nos ocupó la primera parte de este ensayo— en estos servicios del behavioralismo a una sociedad industrial avanzada de carácter capitalista. Respecto al pago que por tales servicios se recibe (lo que a la vez tiende a fortalecerlos e incrementarlos) tampoco nos sería excesivamente problemático acertar con su descubrimiento. No es, por supuesto, azar que el más intenso crecimiento numérico en lo que a profesionales de la ciencia política toca se haya producido en el momento en que el behavioralismo se erige como paradigma dominante (98). No es, por supuesto, azar, como Goldsmidt ha señalado que precisamente en el momento en que tal orientación predomina se haya producido «el declinar de la alienación entre los intelectuales académicos», rasgo distintivo de la situación postbélica que, en contraste con la situación de los años treinta, permite ahora tener a su disposición un número de ocupaciones muy amplio» (99). No lo es tampoco que, según Dahl refiere, uno de los factores más favorecedores del desarrollo del behavioralismo fueran «esas únicas instituciones americanas, las grandes fundaciones filantrópicas —especialmente Carnegie, Rockefeller y, más recientemente Ford— que a causa de sus enormes apoyos financieros para la investigación académica y la inevitable selección entre propósitos competitivos que implica, ejercieran un efecto considerable entre la comunidad de los estudiosos» (100).

(98) Aquí ya se entiende con el concepto por nosotros establecido de «paradigma científico socialmente dominante». Ya hemos mencionado que no todos están de acuerdo con la existencia en ciencia política de un Estado paradigmático. Importa hacer la aclaración para no perderse en dificultades de lenguaje.

(99) M. L. GOLDSMIDT: «Democratic Theory and Contemporary Political Science», en CH. A. MCCOY y J. PLAYFORD: *Apolitical Politics*, Thomas Y. Crowell Company, Nueva York, 1971 (quinta impresión), pág. 221.

(100) R. A. DAHL: «The Behavioral Approach in Political Science Epitaph for a Monument to a Successful Protest», en *American Political Science Review*, 55, núm. 4, diciembre 1961, pág. 765.

Quizá esta mutua relación entre «adaptabilidad» y «buena acogida» pueda verse de manera muy clara en una anécdota más o menos apócrifa que circula sobre la historia bautismal del movimiento. Cuando en el 79 período de sesiones del Congreso de los Estados Unidos se encara la necesidad de crear una fundación científica nacional que estimulara las investigaciones académicas, el esfuerzo de los científicos sociales por verse integrados chocó con la asimilación que, por parte de algunos senadores, se hacía entre ciencia social y ciencia socialista. La denominación «ciencia behavioral» fue una manera de no incurrir en onomásticas poco gratas a los instalados del sistema que pudieran desproveerles de los beneficios del reconocimiento (101). Apócrifo o no el hecho, parece, en el peor de los casos, necesario admitir su carácter premonitorio.

Me proponía, por último, en este orden de cosas, considerar lo que el behavioralismo comporta como «reflejo» de los rasgos básicos de la sociedad en que se produce su génesis y desarrollo. De ella, quizá no haya una pintura más acertada que la efectuada por Herbert Marcuse en su *El hombre unidimensional* (principalmente) (102). Pues bien, según creo, uno de los mayores aciertos de su reflexión es el establecimiento de la conexión entre las rasgos prevalecientes en esa sociedad y su modo predominante de pensamiento político. A fin de cuentas, todos esos caracteres básicos (aparente racionalidad que conduce a lo irracional, predominio técnico de carácter represivo, cierre del universo político con la eliminación o asimilación de toda alternativa) se traducen intelectualmente en el discurso behavioralista. Bajo la continuada afirmación de objetividad y neutralidad que preside su labor ¿no se esconde esa aparente racionalidad que acaba —según probé— negándose a sí misma y funcionando de un modo no solo irracional sino alienado? Bajo la depuración técnica de un pensamiento político «científicamente» perfeccionado en su (promiscua) proximidad a las ciencias de la naturaleza ¿radica algo distinto que el engarce con el aparato tecnológico represivo que elimina la posibilidad de utilizar legítimamente el pensamiento en el intento de contribuir a una acción transformadora de orden cualitativo?

Probablemente la unidad «sociedad unidimensional-pensamiento unidimensional» (referida la unidimensionalidad al cierre de alternativas) donde mejor se refleje sea en la operacionalización como uno de los instrumentos esenciales de la conversión behavioral del pensamiento. Se trata de un empirismo total

(101) D. EASTON: *Esquema para el análisis político*, Amorroutu Editores, Buenos Aires, 1969, pág. 31.

(102) H. MARCUSE: *El hombre unidimensional*, Editorial Seix Barral (Biblioteca Breve de Bolsillo), Barcelona, 1969.

en el tratamiento de los conceptos cuyo significado quedaría restringido a la representación de operaciones y conductas particulares. La conclusión es evidente: los conceptos más «perturbadores» o se rechazan o quedan desfigurados. Cabe así hablar, como lo ha hecho Marcuse, de «una total redefinición del pensamiento mismo, de su función y su contenido. La coordinación del individuo con su sociedad llega hasta aquellos estratos de la mente donde son elaborados los mismos conceptos que se destinan a aprehender la realidad establecida. Estos conceptos se toman de la tradición intelectual y se traducen a términos operacionales: traducción que tiene el efecto de reducir la tensión entre pensamiento y realidad, debilitando el poder negativo del pensamiento» (103).

Un ejemplo ofrecido por Marcuse —y coincidente con algún otro ya incluido en la primera parte de este ensayo— puede ahorrarnos nuevas explicaciones. Se trata de un trabajo de M. Janowitz y D. Marvick queriendo juzgar el grado en que una elección es una expresión efectiva del proceso democrático, lo que a su vez requiere una definición de «democracia». La teoría del mandato, que es la primera opción posible, se rechaza por los autores fundándose en su carencia de realismo. Se acepta en cambio la versión competitiva de acuerdo con la cual una elección democrática es un proceso de seleccionar y rechazar candidatos. Para que la definición sea enteramente operacional «se requieren "criterios" por medio de los cuales el carácter de la competencia política debe ser definido». Son estos tres los que finalmente se ofrecen: 1) Una elección democrática requiere la competencia entre candidatos opuestos que cubra toda la circunscripción. El electorado obtiene el poder de su habilidad para escoger entre al menos dos candidatos competitivamente orientados, cualquiera de los cuales se cree que tiene una razonable oportunidad de ganar. 2) Una elección democrática requiere que ambos (!) partidos se entreguen a un balance de fuerzas para mantener los grupos de votos establecidos, para reclutar votantes independientes y para ganar conversos de los partidos de la oposición. 3) Una elección democrática requiere que ambos (!) partidos se entreguen vigorosamente a un esfuerzo por ganar la elección actual, pero, ganando o perdiendo, ambos partidos deben estar buscando también ampliar sus probabilidades de éxito en la siguiente y las subsecuentes elecciones. Como Marcuse bien advierte, esos rasgos describen con bastante exactitud el estado real de los asuntos en las elecciones americanas de 1952 que eran precisamente aquellas que se trataban de probar en su calidad democrática. Huelga todo comentario (104).

(103) *Ibidem*, págs. 134 y 135.

(104) Véanse, a este respecto, las págs. 144 y sigs.

En el examen hasta aquí realizado se ha propuesto una manera de entender la naturaleza del paradigma. Ni pretendo que este entendimiento sea el único posible, ni mucho menos que su legítimo alcance vaya más allá de las ciencias sociales. Mantengo, eso sí, la legitimidad y la utilidad para éstas de la propuesta presentada. Un paradigma en ciencia social cobra la forma de «paradigma básico» (concepción global de la ciencia o del estudio de la sociedad). Respecto a él resulta adecuada la concepción de Kuhn. Ahora bien, la manera en que la ciencia procede dentro de un paradigma básico ya dado si se aproxima considerablemente a los términos popperianos. La distribución de valideces (provisionales) en invalideces de las teorías fletadas sería llevada a cabo por la (particular) lógica de la investigación del paradigma en cuyo seno se inscribe. Ahora bien, ningún tipo de evidencia fáctica alcanzada desde ella puede, según pienso, destruir sus fundamentos.

Esencial resulta en el paradigma básico, imperante en cada momento, sus conexiones recíprocas con la realidad socio-política determinada que le sirve de base. Como vimos no sólo la sirve sino que la refleja. Precisamente por ello, su establecimiento va más allá del propio paradigma; esto es, es debido a causas exteriores a sus propios procesos (aunque pueda ejercer su influencia respecto a ellas). En definitiva, está socialmente condicionado. Sólo el cambio de esta realidad social básica (sea en los detentadores de la situación de dominio, sea en el momento de su desarrollo) cambiarán la titularidad del paradigma dominante. Pero no se trata —también lo indiqué— de unilinealidades, unanimidades ni absolutos (el punto donde nacen las perplejidades de Watkins) sino que junto al paradigma dominante siempre existen otros que lo son potencialmente y tratan de desplazarlo. De hecho ya vimos que el «público» de la ciencia no es unánime. Sólo que hay unos sectores que dominan confiriendo prestigio y recursos y el que no se ajuste a sus cánones se verá desprovisto de aquéllos, institucionalmente tachado como «acientífico» en algunos casos. Tal exclusión (relativa) basada en datos de carácter social cobra apariencia lógico-científica, pero sólo formalmente. No es el poder lógico del paradigma dominante, sino su poder social el que le confiere su situación de preeminencia.

El combate de un paradigma potencial con el dominante no puede concluir de manera directa. En el mejor de los casos, los argumentos ofrecidos por el rival pueden descubrir inconsistencias en el seno del combatido, dando lugar a redefiniciones, pero nunca a su caída. Sin embargo, la posición minoritaria no tiene por qué quedar reducida a la inutilidad. Su campo eficaz de acción está en la modificación de las circunstancias sociales a las que aquél debe su preponderancia. Y el combate intelectual al viejo paradigma puede,

sin duda, afectarlas. La lucha entre los paradigmas es, ante todo, una lucha por los «públicos».

Se unen en este punto las reflexiones efectuadas sobre el behavioralismo, con las que provienen de nuestra discusión sobre la naturaleza del paradigma (en ciencia social). Aquél parece ajustarse, adecuadamente, a la interpretación de éste, que muy resumidamente se ha trazado. El dominio del paradigma behavioral no elimina otros modos alternativos de estudio de la política. Lo que ocurre es que su engarce con las posiciones dominantes en la sociedad industrial avanzada de carácter capitalista favorece hasta tal punto su vía que, frecuentemente, se ven excluidos del reino científico —sobre todo, en prestigio, recursos y posibilidades— quienes en el estudio de la política no emplean el «lenguaje correcto». Un mero hecho que serviría de elemento bastante para el rechazo de la galana afirmación de objetividad y neutralidad que preside su quehacer. Como serviría para el rechazo el rango de servicios que presta o puede prestar (determinados por la metodología que usa). Sin embargo, la reiteración en la afirmación no hay que pensarla con un ribete cínico. Es un producto más del «retrato» que opera. ¿No cabe reconocer, a su través, esa «ausencia de libertad, cómoda, suave, razonable y democrática, señal del progreso técnico (que) prevalece en la civilización industrial avanzada»? (105). Aunque todas estas consideraciones escapan al paradigma behavioral. Sencillemente (en principio) hablan un lenguaje de la ciencia y el estudio de la política diferente.

VII

CONCLUSIÓN: EL ESTUDIO DE LA POLÍTICA Y SUS CONSECUENCIAS SOCIALES. OBSERVACIONES PARA LA PRESENTACIÓN DE UN PROBLEMA BÁSICO SIQUIERA COMO PROBLEMA

El carácter de los argumentos que he empleado en el debate sobre el tratamiento behavioral de nuestro objeto, así como el tipo de evidencia fáctica que seleccioné, parece que en algún sentido se inscriben en lo que ha dado en llamarse «postbehavioralismo» o «nueva revolución en ciencia política», algo acaso no demasiado distinto de una versión muy inicial e imprecisa de teoría crítica en una disciplina que ha carecido de tradición en este sentido. Al menos, en algún lugar próximo a ésta debemos habitar quienes nos sentimos lejos de la óptica conservadora del positivismo dominante sin aceptar, en su totalidad, los imperativos de un sistema «cerrado». Conviene, pues, de-

(105) Ibidem, pág. 31.

jar sentadas las notas básicas del nuevo credo, más que nada en contraste con las que al principio de estas líneas se refirieron para el behavioralismo.

En una correcta síntesis efectuada con ocasión significativa (106) podían presentarse de este modo: 1) La sustancia debe preceder a la técnica. Esto es, importa más ser relevante para los urgentes problemas sociales contemporáneos que muy sofisticado en los instrumentos de investigación. 2) La ciencia behavioral oculta una ideología de conservadurismo implícito (si acaso templada por modestos cambios incrementales). 3) La investigación behavioral debe perder sus lazos con la realidad. La tarea del postbehavioralismo es romper las barreras de silencio que la lengua behavioral ha creado, y ayudar a la ciencia política a solventar las necesidades reales de la humanidad en un tiempo de crisis. 4) La investigación y el desarrollo constructivo de valores son partes inextinguibles del estudio de la política. La ciencia nunca puede ser ni nunca ha sido valorativamente neutral. 5) Los miembros de la disciplina soportan las responsabilidades de todos los intelectuales. El papel histórico de los intelectuales ha sido y debe ser proteger los valores humanos de la civilización. 6) Conocer es tener la responsabilidad de actuar, y actuar es comprometerse en el remodelamiento de la sociedad. El intelectual, como científico, tiene la obligación de poner su trabajo en acción. 7) Las organizaciones de intelectuales y las Universidades no pueden permanecer al margen de las luchas de la época. La politización es inevitable y deseable.

Obviamente, como en cualquier síntesis, la serie de notas anteriormente expuestas adquieren carácter reduccionista. No todos los que comparten la nueva tendencia intelectual aceptarían el conjunto y, mucho menos, con la escasa matización que aquí fue posible ofrecer. Su utilidad radica, no obstante, en registrar el talante general del postbehavioralismo. Así, como en otro momento, a la hora de poner epítafio al movimiento behavioral, se colocaba en su lápida la expresión «humor científico», ahora en la partida bautismal del nuevo movimiento debería anotarse: «relevancia y acción».

Esto es altamente significativo para nuestros propósitos. Implica que la discusión contra la ortodoxia behavioral-positivista no se lleva a cabo tanto en el terreno de sus concepciones metodológicas propiamente tales cuanto en el terreno del papel social con que se concibe nuestra actividad (en lo que, por supuesto, la crítica a la metodología va incorporada, aunque sea más bien

(106) D. EASTON: «The New Revolution in Political Science», en *American Political Science Review*, 63, núm. 4, diciembre 1969, págs. 1051-1061. (Se trata de la comunicación presidencial a la 65 reunión anual de la American Political Science Association. En tal momento la pugna entre el behavioralismo dominante y el postbehavioralismo estaba abierta y en momento álgido.)

como corolario). Está quizás en ello la diferencia más notoria entre las «*vindicæ* contra behavioralismos» existentes desde los mismos inicios del movimiento dominante y las nuevas corrientes que ahora menciono (107).

Pero es, además, altamente significativo en un segundo sentido. Precisamente desde los temas de objetividad y neutralidad es desde donde el combate se establece. No podríamos anotarlo como un afortunado que viene muy al pelo del trabajo que aquí se realiza. Lo pienso, por el contrario, como algo inevitable. En la respuesta que se dé a esos dos temas está normalmente contenida toda una visión de la ciencia y sus implicaciones.

Parecerá, en principio, gratuito que no me detenga aquí. Efectuada la crítica pretendida del tratamiento behavioral y localizado su talante, la operación parece concluida. Y, a mi entender, no es así, sin embargo. No es así, sencillamente porque la conclusión general que esperaba obtener sobre la necesidad de incorporar como parte fundamental del dilema científico el problema de las repercusiones sociales del conocimiento no se agota en absoluto con el grito de «relevancia y acción», caro al behavioralismo, o en el concernimiento particular con las relaciones teoría-práctica de, por ejemplo, las orientaciones crítico-dialécticas en sociología. Más aún, frecuentemente, me parecen casos típicos de no incorporación o incorporación inadecuada del problema. Aunque, en principio, suene fuerte su prueba no se me antoja una operación imposible.

A la vieja y olvidada pregunta de Lynd, *Knowledge for what?*, contestaría prácticamente todo individuo que se dedica a nuestra actividad. Sin embargo, o precisamente por ello, su verdadera intención deviene intensamente manipulable cara a la confortabilidad de la respuesta: La «autoimagen estéticamente deformada» causa aquí verdaderos estragos. Con mayor o menor grado de refinamiento, convierte casi la pregunta en el «¿me quieres?» de la relación familiar. Tiene una gama de respuestas convenidas casi al estilo automático del perro pauloviano. Una de ellas —bastante simple— sería el recurso del «conocimiento por el conocimiento». Vendrían luego, progresivamente, la mención de la «ilustración del ciudadano». Y «la mejora de la sociedad». Y «su transformación cualitativa». Cada una aseverando la «digna» calidad de nuestro intento.

Pese a ello, una superficial observación de las respuestas advierte pronto su carácter. Se trata de decir qué se pretende (independientemente de que por

(107) Otra diferencia sustancial es que lo que aquí llamamos «*vindicæ* contra behavioralismos» proceden de campos ideológicos muy diversos (de hecho gran parte del pensamiento conservador-tradicional en ciencia política estaría de ese lado). El post-behavioralismo, por el contrario (aunque en ocasiones, no se le adjudique propensión ideológica alguna) es una actitud procedente en su mayor parte de la «New Left» americana.

el camino seguido no exista la más mínima posibilidad de su logro). En esto y no en otra cosa consiste la deformación esteticista.

Porque el «conocimiento, ¿para qué?» podría recibir una lectura ciertamente más consistente y perturbadora. Según ella, el «para qué» del conocimiento habría de pertenecer al mismo nivel, como mínimo, del «por qué», el «qué», o el «cómo». Dicho de otro modo, habría de ser considerado como uno de los problemas esenciales que el investigador tiene que resolver si en su trabajo busca tener sentido.

Desde luego, incorporarla como problema es algo distinto de adosarle la frecuente respuesta galana y ficticia: una pregunta intrascendente o inoportuna que la convención, en lugar de la reflexión, responde. Para decirlo a las claras. Responder coherentemente al «conocimiento ¿para qué?» es responsabilizarse de las consecuencias sociales de nuestro trabajo. Pienso que es imposible llevar a cabo una labor científica con consistencia dejando al margen del pretendido control los usos (o las manipulaciones) que de nuestro conocimiento se derivan. Lo ha expresado Wright Mills con acierto: «No es necesario que los investigadores sociales permitan que el sentido político de su trabajo sea modelado por los "accidentes" de su ambiente, o que determinen su uso los fines de otros hombres. Está perfectamente dentro de sus facultades discutir su significado y decidir su uso como cosas de su propia incumbencia». Para ello habría que dar respuesta a tres cuestiones: «si conocen los usos y valores de su trabajo, si ambas cosas pueden estar sujetas a su control, si quieren tener el control de ellas» (108).

La identificación del planteamiento serio del tema con una determinada preferencia valorativa no la considero inevitable. La forma en que se conteste y la vía, incluso, por la que accedimos al problema sí puede serlo. Pero el planteamiento, en cuanto tal, cabría ubicarlo en el interior de cualquier visión de la ciencia independientemente de cuál sea ésta. El punto de partida extremadamente simple lo juzgo fácil de aceptar: Nos hagamos cuestión de ello o no, queramos controlarlas o no, las consecuencias sociales inequívocamente se producen. Ahora bien, para entender que se producen es imprescindible considerar que la ciencia no se encuentra en una campana de cristal, sino en el seno de un tiempo concreto y una organización social concreta, con la que necesariamente guarda relaciones. Una prueba de que guarda estas relaciones es el mero hecho de su existencia. Caso de no tener algún tipo de finalidad social habría que preguntarse con Easton si resulta verosímil su continuada persis-

(108) W. MILLS: *La imaginación sociológica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1961, pág. 189.

tencia durante más de dos mil años (109). No es la única prueba. Reduzcámoslo al absurdo en sus casos más extremos. Si de hecho —primer caso— un específico tipo de ciencia social no tiene el más mínimo alcance práctico, la más mínima consecuencia social, ¿no cabría reformular esta observación con la otra cara de la moneda? Apunto a la consecuencia social de no tener consecuencias sociales. Es este un modo de afectar —*sensu* inverso— a la realidad social, por cuanto no se destinan a ella unas energías socialmente disponibles. El supuesto —analizado a fondo— no es trivial y parece incontrovertible. Aparte de que habría que preguntarse a quién beneficia la (aparente) ausencia social de una concepción de este tipo. No dista mucho del anterior supuesto la conclusión de «el conocimiento por el conocimiento». Suponiéndola en una versión refinada que implica algo más que la mencionada «confor-table respuesta que la convención, en lugar de la reflexión, proporciona», imaginando, por ejemplo, que existiera una necesidad social que se satisface con el mero conocer, tampoco las cosas son simples. Porque la satisfacción de esta necesidad social sólo se produciría de una manera responsable cuando el científico se hubiera cuidado de conocer (en la medida de lo posible) y asumir el costo para la satisfacción de otras necesidades alternativas de la satisfacción de este «ímpetu por el saber» al que hemos dado cabida hipotéticamente.

De este modo, puesto que en cualquier caso, inevitablemente, nuestro trabajo arrastra consecuencias sociales, considero absolutamente imprescindible que en su labor el científico social se ocupe impenitentemente en el logro del control de las que produce. No hacerlo así —puesto que se darán en todo caso— lo coloca en una situación de alienación permanente. Otras personas, «los accidentes» o los «imponderables» dominarán sobre lo que era su campo de actuación propio. Y no es pretencioso recordar algo que parece enteramente obvio. Los científicos parecen satisfacer su deseo de control en los pasos previos a la investigación y en el desarrollo de ésta. Sus consecuencias se dejan a una ventura que poco les atañe. Por eso, cualquier planteamiento —en un sentido u otro— de los temas de objetividad y neutralidad en la ciencia política que no parte de este hecho está destinado a quedarse en el umbral o a contradecirse a sí mismo de continuo.

Mi propuesta se limita a requerir la urgente entrada de este problema a la hora de tomar las decisiones que comporta nuestro papel como científicos sociales. No prejuzga soluciones específicas. Podría argumentarse en contra que nuestro grado de control nunca será óptimo. Y si de alguna forma hemos de seguir «alienados», ¿para qué tanto esfuerzo? Efectivamente, de momento,

(109) D. EASTON: *The Political System*, Chicago University Press, Chicago, 1960 (reimpresión), pág. 223.

esto es así. Pero, por otra parte, de buscar un control absoluto, estaríamos, probablemente, condenados a la inactividad. Y la inactividad —aquí la pescadilla que se muerde la cola— generaría formas (activas o pasivas) de incidir en la realidad social ocasionalmente no buscadas, ni queridas, ni asumidas por nosotros. Las decisiones cara al control serán aproximativas, posiblemente llenas de errores que nos obligarán a examinar críticamente, de continuo, las decisiones adoptadas. Lo que no cabe duda es que, sin plantear el problema, el control estará siempre más distante. Entre las dos alternativas —y alguna de las dos se escogerá explícita o implícitamente, en definitiva— la primera es la que menos nos aliena del resultado de nuestro trabajo.

El carácter crítico que todo lo dicho tiene respecto al behavioralismo (tal como funciona en el seno de una sociedad capitalista industrial avanzada) no exige mayor insistencia. Refiriéndose a ella, Marcuse había señalado, con acierto, que la idea de una teoría pura que otrora cumpliera una progresiva función sirve hoy contra la intención del científico (o a sus espaldas) a los poderes represivos de la sociedad dominante. Sin necesidad de que impartamos bondades y maldades, lo cierto es que el actual funcionamiento (con el cual se puede estar de acuerdo o no) se ignora desde el prisma behavioral. En este sentido, la alienación deviene inevitable. Las inconsistencias del paradigma dominante se acusan en este dato mejor que en cualquier otro (110).

Ahora bien, al propio tiempo, debemos desenvolver algo que se encuentra implícito en la anterior referencia que citamos. El aserto de Marcuse implica que una misma visión de la ciencia (con sus intenciones incorporadas) produce consecuencias sociales enteramente distintas (y hasta opuestas) en sociedades diferentes o situadas en momentos no coincidentes de su desarrollo. Así como las relaciones entre ciencia y «público» se hacían imprescindibles a la hora de considerar la intervención de las valoraciones en la selección del tipo de objetos o en la selección de su tratamiento, el estudio de las relaciones entre el juego de la ciencia y el momento de la organización social dada en que se produce aparecen como la condición inevitable para el acceso a un aceptable nivel de control sobre las consecuencias del trabajo del científico social.

Las líneas postbehaviorales y los intelectuales críticos olvidan en ocasiones, según entiendo, el hecho. Cierto que desde su pensamiento se quiebran muchas de las falacias behaviorales. Por ejemplo, su pretendida asepsia: por ejemplo, la pretendida neutralidad de su labor respecto a la sociedad en que actúan. Ahora bien, altamente preocupados con la práctica, con la relevancia

(110) Véase a este respecto, H. MARCUSE: «The Responsibility of Science», en L. KRIEGER y F. STERN: *The Responsibility of Power*, Macmillan, Londres, 1968, páginas 439-444.

y con la acción confunden, a veces, el cumplimiento de un papel con la expresión de un deseo. Una efectiva incorporación del problema del control de las consecuencias sociales de la investigación añadirá coherencia a estos, a mi juicio, progresivos y positivos esfuerzos.

Usaré a este respecto dos ejemplos ilustrativos. El primero puede proporcionarlo la actividad del científico social en un sistema autoritario. En principio, se supone que el guión positivista-behavioral es conservador, favorece —aunque sea por su falta de concernimiento con las alternativas— los intereses constituidos. El modo de actuación crítico o radical, por el contrario, se piensa como el único camino progresivo. Es ésta la visión usual de las sociedades democráticas avanzadas. Ahora bien, ¿ocurre lo mismo en un sistema autoritario? Me parece que Amando de Miguel, refiriéndose a la sociología, nos proporciona la respuesta con una colosal justeza. Permitaseme la larga y jugosa cita: «En las sociedades autoritarias no parecen las cosas tan claras. Una sociología empírico-profesional (aunque bastante bien establecida en general) puede ser un revulsivo contra los intentos de las clases dominantes de ocultar muchos procesos, hechos o cambios reales. Puede también funcionar como un disparador para hacer uso de la razón donde los modos irracionales y emocionales son dominantes. Puede poner en cuestión una serie de argumentos tradicionales legitimadores de los poderes también tradicionales. En resumen, puede servir como una moderada forma de cambio en sí misma. Por otra parte, bien paradójicamente, un sociólogo crítico puede muy bien estar integrado en el *Establishment*, más incluso que uno empíricamente orientado». Quizá las razones estén en que un mero esfuerzo descriptivo puede ser un escalón importante en el cambio de una situación en la que las normas autoritarias prescriben la ignorancia como la mejor manera de evitar cualquier desafío al sistema. Mientras que en la misma atmósfera autoritaria, «ser crítico significa referirse a nombres extranjeros, a abstractos problemas, a conceptos extraños, en lugar de tratar con las realidades domésticas en un lenguaje común» (111). Claramente dicho, ¿qué sentido tiene advertir de los peligros de la «tolerancia represiva» allí donde la «intolerancia represiva» impera? ¿Qué aceptaría mejor un sistema autoritario: la perspicaz crítica sobre la falsa racionalidad del engranaje capitalista o un humilde estudio, muy del gusto behavioral, sobre la opinión que a los súbditos les merece la introducción del sufragio universal en un sistema? En España no estaría de más repensar de cuando en cuando el hecho.

(111) AMANDO DE MIGUEL: *Understating Sociology in Authoritarian Countries: The Case of Spain. A Pessimistic Reflection*, ensayo presentado al VIII Congreso Mundial de Sociología (Toronto, agosto 1974). Agradezco la posibilidad de utilizar copia mecanográfica de este trabajo.

Vayamos ahora al segundo de los ejemplos. El pensamiento crítico y su carga antitética en una sociedad industrial avanzada. Que pretenda colaborar en la destrucción del sistema como totalidad es (laudable o no) sólo un propósito. Ahora bien, ¿cuál es la situación actual de su funcionamiento? En su *El hombre unidimensional* había observado Marcuse como rasgo de la «totalitaria» sociedad industrial avanzada de carácter democrático su capacidad de asimilar la oposición, reinterpretándola con sus mecanismos hasta desproveerla de su papel antagónico. Consecuentemente, es de suponer que esa posibilidad integradora alcance también al pensamiento. La conversión de las obras antagónicas en elementos de consumo que también les acaba proporcionando recursos y prestigio, ¿no es una manera de legalizarlas, haciéndolo servir al engranaje, por ejemplo, como prueba de esa «tolerancia» que adquiere un alcance represivo? Resulta sarcástico ver presidida la «antagónica» obra de Marcuse por un reconocimiento de que la Rockefeller Foundation y el Social Science Research Council facilitaron mucho el término de ese trabajo. ¿Paradojas del «público»? O, ¿cabe pensar, por el contrario, que una sociedad aparentemente racional y libre requiere en su interior algún grado de disenso —diríalo «propagandístico»— y es confortable verlo encarnado en quienes no tienen otra arma que la razón? ¿Hasta qué punto no se produce un desplazamiento del conflicto a planos simbólicos gratificando lo alternativo y solidificando lo existente?

No pretendo asignar a estos ejemplos valor decisivo. Por supuesto, no niego la posibilidad de que sean contraargumentados sólidamente, así como que admitan interpretaciones opuestas. Se me concederá, en todo caso, que, cuando menos, no son simples. La mera duda en su torno propicia la presente propuesta: La necesidad de concernimiento con las consecuencias sociales de nuestro quehacer cara a su control. Y éste como uno de los problemas fundamentales del trabajo científico social si quiere ser coherente. Para lo cual no basta una vaga declaración de propósitos. Exige realismo, exige el abandono de la pulcra imagen propia, exige —habrá de perdonárseme otra vez la grosera premura— no dejar a merced del olvido la mentada correlación con la gastronomía casera.

La «apoteosis de la retórica» con que nos contemplamos acaso impida pensar un terreno excesivamente común como es incluir en el catálogo de notas las necesidades biológicas o culturales más elementales. Se actúa siempre por grandes motivos: la verdad, el conocimiento, la sabiduría. Se propende siempre a grandes empresas: aportar luz, perfeccionar la sociedad, mudarla. La definición convenida es, en el mejor de los casos, alienante. En el peor, un dislate en el trabajo intelectual que ni escoge toda la información relevante

ni se deja perturbar por conceptos «domésticos». Aunque sea al precio de la simplificación y la inconsistencia duramente sostenidas.

Ya que tanto nos obsesiona en un caso la immaculada ausencia de parcialidades, en otro, las cuestiones de relevancia, acción y práctica, no estaría de más concernirse no sólo con los «grades nombres», sino con los «nombres humildes que encierran grandes problemas». Así, por ejemplo, nuestra real incidencia social, y su sentido. Poco o mucho, pero al cabo sometido en la medida de lo posible a nuestro dominio, Lo que no significa olvidar la ciencia pura por la inmediata urgencia de la ciencia aplicada (entre otras cosas, porque en el mismo plano habría que preguntarse por el coste cara a futuras «acciones» y «relevancias» de la detención de su desarrollo), lo que no significa una respuesta única. Antes al contrario, es esto lo que niega.

Con los datos «exteriores» aportados me parece claro que salen a la luz las contradicciones e inconsistencias respecto al obsesivo problema de objetividad y neutralidad en que incurre la orientación dominante. Ahora bien, su eficaz sustitución —puesto que son causas sociales las que lo establecen— exige una realista consideración de la «viga en el propio» y cómo eliminarla. El dilema weberiano entre ética de la convicción y ética de la responsabilidad no debiera sernos ajeno. Aunque entre las dificultades que encierra será difícil no verse tentado por las adormideras del escepticismo. Por cierto, no hace mucho aparecía en una revista de la especialidad un artículo, por lo demás, a mi entender, bastante mediocre, con este título: «Escepticismo como conservadurismo». Probaba, con mejor o peor suerte, que son las mismas sus raíces. Yo añadiría que también su funcionamiento. La condena o el gozo de la opción es consustancial al científico social. A menos que prefiramos que opten por nosotros y en nuestro nombre «oscuras fuerzas» y «fantasmales voluntades» que sólo aparecerían tan oscuros y fantasmales por el primado de la momentánea ignorancia.

JUAN J. RUIZ-RICO

R É S U M É

Dans cet article il s'agit de considérer un thème classique, comme l'est celui de l'«objectivité» (sa nécessité, ses possibilités) dans le domaine de la Science politique, se centrant surtout sur le traitement que reçoit ce problème de la part de l'«orthodoxie dominante» c'est à dire du mouvement behavioriste.

Après avoir caractérisé ce dernier, deux choses apparaissent clairement: 1) le concept de science proposé par le mouvement behavioriste imite (sans

grande fortune) les sciences de la nature; 2) que se propose (à un degré plus ou moins élevé d'ingénuité) l'objectivité valorative et le manque d'implication ajoutée à la possible application pratique des connaissances acquises comme conditions nécessaires — bien que non suffisantes — pour qu'une connaissance scientifique ait une valeur en soi?

L'auteur essaie de démonter l'«*élégant montage*» des behavioristes en démontrant que son objectivité n'existe nulle part, ce qui est en contradiction avec leurs propres prémisses et leur fait perdre le titre qu'ils s'étaient eux-mêmes attribué de «*scientificité*». Dans ce but on s'attachera autant aux thèmes pratiques auxquels ils se sont consacrés pendant les années où ils firent loi, qu'à ceux auxquels ils se sont consacrés de préférence, ainsi qu'au caractère des théories qu'ils ont appuyées (dont nous trouvons l'exemple concret dans les «*théories réalistes*» de la démocratie et dans les théories économiques individualistes).

Dans une deuxième étape on recherche les raisons qui font que les choses, dans ce moment concret, soient ce qu'elles sont. On cherche donc à établir les relations entre behaviorisme et société industrielle avancée (ou plus exactement groupes dominants de cette société) qui résultent mutuellement «*fonctionnels*». La discussion nous amène à considérer le behaviorisme comme «*un paradigme scientifique socialement dominant*» et essaie de nous offrir une nouvelle façon de considérer les deux conceptions antagoniques de la communauté scientifique exposées par Popper et Kuhn.

Enfin l'auteur nous propose une double suggestion: 1) Dans différents types de sociétés (et en différents moments du développement d'un même type) la façon de penser politique qui peut résulter critique pour chaque société, en est tout à fait différente. Le scientifique de la politique, dont la critique est une des tâches, en tant qu'intellectuel interprète, ne devra jamais oublier cet extrême; 2) Il est essentiel actuellement d'incorporer, comme partie intégrante de la «*vigilance épistémologique*» exigée au scientifique de la politique, un (prétendu) contrôle sur les conséquences sociales de sa fonction, seule façon, selon l'auteur, d'exposer les thèmes «*classiques*» de l'objectivité et la neutralité de la discipline dans une perspective cohérente et non mystifiée.

S U M M A R Y

This essay considers the classical subject of "objectivity" —the need for and possibility of this— in the field of political science, with special reference to the treatment of this problem by the "dominant orthodoxy": the behaviourist movement.

Two things emerge clearly from a careful look at the latter: 1) the scientific intent of the behaviourist movement mimics—probably none too happily—the natural sciences; 2) objective evaluation and unconcern about the possible practical application of knowledge acquired are proposed—with more or less ingenuousness—as the necessary, though not sufficient, conditions for scientific knowledge properly so called.

The author sets out to take to pieces the "elegant construction" of the behaviourists by showing that this vaunted objectivity is nowhere to be seen, a fact that contradicts their very premises and disqualifies them from holding their self-conferred "scientific" title. For this purpose he reviews the practical work to which they have devoted themselves in the years of their ascendancy, the themes with which they are preferentially concerned and, finally, the nature of the theories which they have launched—specific examples being their "realistic theory" of democracy and their "individualistic" theory of economy.

From there the essay passes on to an attempt to seek out the reasons why things should be as they are with regard to this particular point. Connexions are sought between behaviourism and advanced industrial society (and dominant groups within that society), it being found that both are "functional". Discussion of this leads the author to declare behaviourism to be a "socially dominant scientific paradigm" which claims to offer a new way of understanding the confrontation of Popper's and Kuhn's views of the scientific community.

Finally the author makes a double proposal: 1) indifferent kinds of society (or at different moments in the development of the same kind) the mode of political thought that may emerge to criticize it will be entirely different (the political scientist who as an intellectual understands that criticism is one of his tasks should never forget this); 2) it is essential at the present time that the (attempted) monitoring of the social consequences of political activities should be incorporated as a part of the "epistemological vigilance" required of the political scientist, this being the only way, in the opinion of this author, to approach the "classic" themes of disciplinary objectivity and neutrality in a clear and coherent manner.